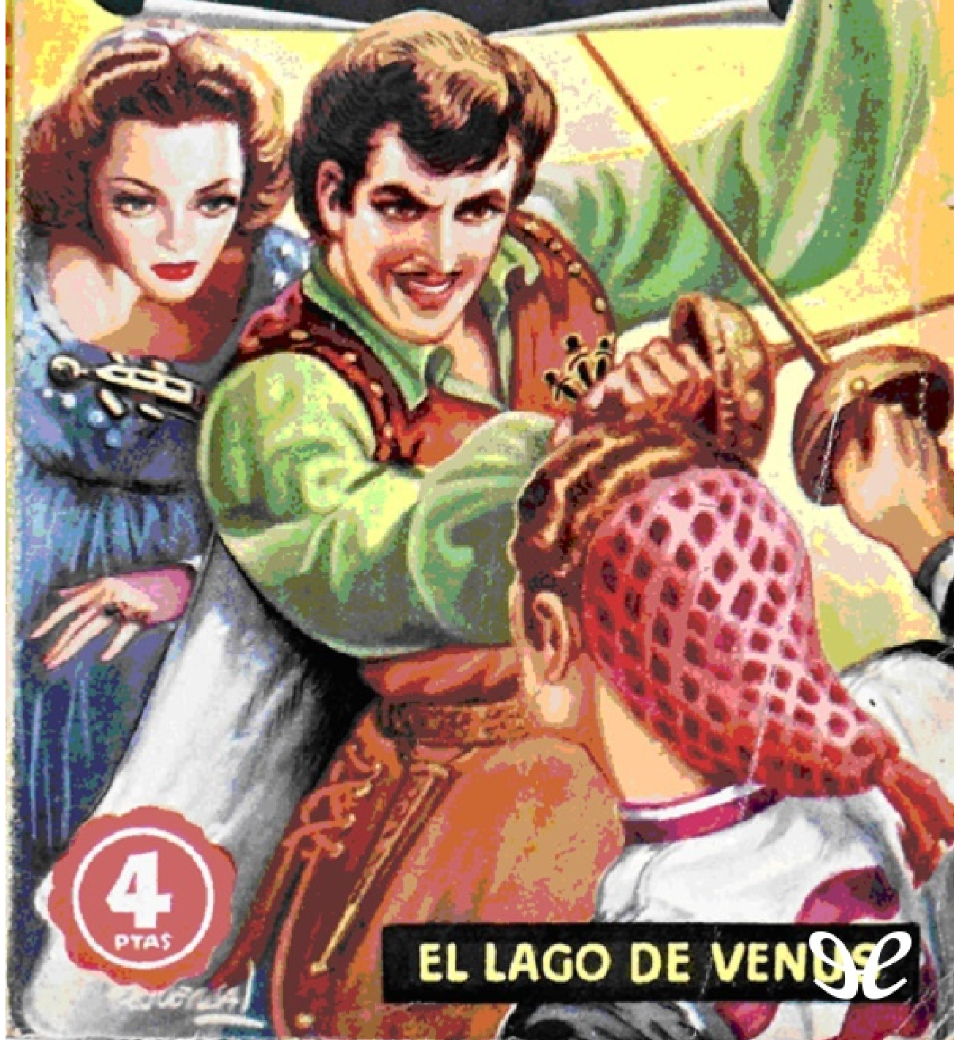
ARNALDO VISCONTI

El Galante Aventurero



Luys Gallardo, suplantando ya de forma plena a Dago Corsi y aliado con la poderosa Madona Altiera de Montemar, decide convocar a todos los bandidos de Córcega en el lago de Venus, el bello lago subterráneo que se encuentra en la imponente cueva a Anfitrite, cerca de Ajaccio; su autoridad la ejerce acompañado de Bembo y de Delfín Lechuga y su objetivo es crear una fuerza armada que pueda plantar cara a franceses y genoveses, que codician la isla. Al mismo tiempo, para conseguir suplantar correctamente a Corsi, el galante aventurero obliga al astrólogo y truhán Piero Bassano a que escriba la biografía del bandido al que está suplantando. Este núcleo de pícaros se ve inmerso en una compleja trama política en la que intervienen los tres hermanos Renzo, el condotiero Ugo Paolo Renzo Faciatosta y sus dos hermanos, el pérfido Conrado Polo Renzo y la bella y viuda Alessandra Renzo; Conrado querrá matar a Alessandra y robar el poder a Ugo pero la intervención de Corsi/Gallardo y el amor que siente por ella uno de los esbirros de Conrado —Gubio Orsini— evitará el crimen. Gallardo consigue reunir en la cueva de Anfitrite a los tres hermanos y allí consigue la redención de Alessandra, la muerte ejemplar del miserable Conrado y la complicidad de Faciatosta, que se compromete a hacer público su amor por Madona Altiera; al mismo tiempo consigue desenamorar a ésta pues aparece ante sus ojos abrazado a la libidinosa Bárbara. Mientras esto ocurre, Madona Altiera de Montemar ha encerrado en una lóbrega mazmorra al auténtico Corsi, encadenándolo de por vida y ocultándolo bajo una máscara de hierro; lo que ella no sabía es que Corsi había profesado palabras de amor Alicia de Montemar y que ésta, al ver a su hermana encerrando un enigmático preso, tuvo la intuición de ir a visitarlo; al hacerlo descubre al bandido que la fascina, lo libera y se desmaya. Corsi la deja en la mazmorra y se da a la fuga anunciando una terrible venganza.



Arnaldo Visconti

El Lago de Venus

El Galante Aventurero - 02

ePub r1.0
xico_weno 13.08.16

Título original: *El Lago de Venus*
Arnaldo Visconti, 1949
Ilustraciones: Jaime Provensal

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2



ARNALDO VISCONTI

El Galante Aventurero




EL LAGO de VENUS

CAPÍTULO PRIMERO

EL BUITRE ENCADENADO

Desde las almenas del castillo de Montemar hasta la extensión azul del Mediterráneo, junto al cual blanqueaban las casas de la ciudad de Ajaccio, el paisaje era de una policromía fascinadora, digna de un cuento de hadas.

Verdeaba con exuberancia silvestre el bosque de Parttedo, que a modo de cinturón de olivares, higueras y vides, circundaba, engarzándolo, el poblado encerrado en las murallas del castillo de Montemar.

Después, en su declive hacia el mar, los senderos serpenteaban entre riscos de mármol, entre cuyas sonrosadas grietas anidaban tórtolas y gorriones.

De vez en cuando, alguna humilde casita de pastores, con su techado de bálago y sus muros enjalbegados, daba mayor apariencia de pesebre navideño al panorama.

El día era luminoso, y la primavera embalsamaba el aire con el peculiar olor a tierra recién mojada por el rocío de la madrugada.

Pero también perfumaba la atmósfera límpida, el sin igual aroma de las rosas y mirtos del bosque de Farnedo.

No obstante la esplendidez del día, un observador perspicaz habría percibido algo anómalo en el paisaje. Y era la ausencia total de vida. Nadie deambulaba por los senderos; no se veían, como era habitual, los rebaños apacentando, ni los mercaderes viniendo de la ciudad, o los aldeanos yendo hacia Ajaccio.

Todo síntoma de vitalidad parecía extinguido. Cuantos habitaban extramuros de la fortaleza de Montemar habían acudido, en busca de protección al castillo en anteriores días.

Porque en el horizonte, a espaldas de Montemar, una línea de

cenizas parecía apuntar como saeta ruinosa de diez palacios, la trayectoria de los Hermanos Corsos, la asociación de bandoleros, que, mandados implacablemente por el feroz y sanguinario Dago Corsi, albergábase ahora temporalmente en el semiderruido castillo del Duino, achaparrada construcción que asentábase en colina meridional, a cinco leguas de Montemar.

En las almenas del castillo de Montemar, los soldados en pie de guerra, preparados los pertrechos como para resistir un próximo ataque, mostraban cierta nerviosidad, cuchicheando entre sí.

El comentario era unánime: hacía tan sólo media hora que el propio Dago Corsi había penetrado en el castillo incruentamente, para ser recibido por madona Altiera, condesa de Montemar y dueña y señora de aquellos dominios desde la muerte del conde, viudo en extrañas circunstancias.

Callaban los soldados cuando acercábanse dos personajes que transitaban por el primer círculo del reducto amurallado.

Uno de ellos era el encanecido Giovan Fierro, capitán de armas al servicio de los Montemar, desde veinte años antes.

El otro era el renombrado condotiero Ugo Paolo Renzo, el mayor de los tres hermanos del mismo apellido, separados por discordia de *vendetta*. Le apodaban «Faciatosta», con respeto y glorificación, por su cara quemada horrorosamente en combate contra el invasor francés.

Cubríase el mutilado semblante con tela negra, dejando tan sólo visible la cuenca de una pupila mortecina, que parecía apagada a toda ilusión, desde que el odio había presentado su fea carátula entre los hermanos Renzo.

Pero una ilusión, por todos sabido, existía en la vida de «Faciatosta»: sacudir de Córcega el yugo de las continuas invasiones genovesas, que ahora, en un paréntesis de calma relativa, y por mediación de la poderosa Banca de San Jorge, concertaban con los franceses hasta entonces sus adversarios, una alianza.

Otra ilusión albergábase en el corazón del rudo guerrero, que había sacrificado patrimonio, comodidad y placeres a la peligrosa existencia accidentada del condotiero al frente de un estandarte de cien hombres, fieles servidores de su casa.

Una ilusión que hasta entonces conservaba secreta. Le unía una gran amistad con el bravo y leal capitán Giovan Fierro… y aquella

mañana sentíase el condotiero infinitamente triste…

—El amor a la patria, exige a veces, crueles sacrificios, Giovan. Para lograr la unión de todas las cuadrillas que desperdigan su acción, hemos tenido que intentar requerir el prestigio infame de Dago Corsi. ¿A costa de qué? A costa de la insana pasión que madona Altiera ha inspirado a ese buitre…

Giovan Fierro parecía un rudo soldado carente de toda intuición. Pero hacía ya tres años que había adivinado la oculta y callada ilusión de Ugo Paolo Renzo, el que estaba enamorado con toda la fuerza pasional de un hombre que nunca tuvo amores, y que es de temperamento sanguíneo y violento.

Por eso, irreflexivamente, puso su mano enguantada en mallas de hierro sobre el ancho hombro del condotiero. Y aquel gesto sentimental, hizo que Ugo Paolo Renzo mirara el rostro del capitán…

Y adivinó que su amigo conocía ya su secreto…

—No os aflijáis, Ugo, porque madona Altiera es inteligentísima, y sabrá mantener a distancia al buitre…

—Madona Altiera nunca tuvo amores, y al Cielo demos gracias, no es la coqueta dama amante de escarceos. Pero esa misma cualidad, la deja cual tórtola indefensa ante Dago Corsi…

Calló repentinamente el condotiero, y ahora fue su diestra la que se crispó reciamente en el hombro del capitán Fierro.

Por el reducto avanzaban las dos personas que eran objeto de los cuchicheos de los soldados, y de la conversación de los dos guerreros.

Luys Gallardo, el trovador español que suplantaba por su identidad física al verdadero Dago Corsi, avanzaba, y junto a él, apoyando su diestra en el antebrazo del apuesto y guapo aventurero, madona Altiera, ostentaba una extraña sonrisa de triunfo y gozo.

La fría y austera Altiera, la mujer de hielo, la serena belleza inconmovible, parecía hechizada…

Y sintiendo que su corazón era estrujado por una mano ardiente, Ugo Paolo Renzo, inclinóse no obstante al paso de la condesa.

Luys Gallardo se detuvo unos pasos más allá.

—Perdón, mi dama: ¿es el soldado de faz cubierta el famoso Ugo Paolo Renzo?

—Si. Y es mi mejor amigo, trovador —replicó ella, dulcemente.

—Déjame pues hablar con él.

Ella separóse para aproximarse a la almena y dedicarse a contemplar el bosque Farnedo, con mirada ausente, de extraño extravío gozoso.

Luys Gallardo vióse contemplado hoscamente por la pupila mortecina del condotiero.

Las dagas bordadas en su roja camisa, y la dureza que su semblante adquiría al enseriarse, daban fe de lo que un poeta florentino dijo del que era idéntico al trovador físicamente: «tiene sonrisa de arcángel, y furia de demonio».

—¿Eres tú Ugo Paolo Renzo, «Faciatosta»? —interpeló, identificándose acertadamente con el tono y el empaque autoritario del jefe bandolero.

—Soy —replicó, con recia voz, el condotiero.

—Aparta, capitán —invitó Luys Gallardo—. Lo que tengo que hablar con Renzo es privado.

Obedeció el soldado.

El Trovador y condotiero examináronse detalladamente. Y reconoció Renzo que era cierta la leyenda que calificaba a Dago Corsi como diabólicamente apuesto y seductor.

—Según me ha dicho la condesa, tú deseas que yo reúna a todos los jefes de cuadrilla que por el monte andan. Según parece, debemos unirnos para oponernos al ataque conjunto de franceses y genoveses.

—Así es.

—Y para ti nada cuenta, sino la patria.

—A orgullo lo tengo.

—Accedo a aliarme con madona Altiera, y puesto que el Gran Maestre de Ajaccio te ha dado plenos poderes, enviarás un emisario para que él sepa, que la Gruta de Anfitrite con su Lago de Venus, me van a pertenecer de ahora en adelante. Abandonaré el Duino, que tú puedes fortificar para que protegiendo a Montemar por retaguardia, sirva de doble bastión, y con mis piojos ocuparé la Gruta de Anfitrite, secretamente. Allí convocaré a los principales jefecillos, y cuando tú quieras, ve a visitarme.

A medida que con voluntario tono despectivo y autoritario iba dictando sus voluntades Luys Gallardo, el ya de por sí erguido

condotiero, parecía ir creciendo de talla.

—¿Te escuece, Ugo Paolo Renzo, mi forma de hablarte? ¿Quieres o no pacto?

—Por Córcega, lo acepto.

—Entonces, recuerda que yo soy el que más fuerza tiene. Y ahora, pasemos a otra cuestión. Esta noche tenía yo cita en el Lago de Venus, e inesperadamente surgieron trece bravi. Dejé a uno sólo con vida, para averiguar quién me tendió la emboscada con el ridículo intento de aprisionarme. ¿Y sabes quién era?

—No estaba yo allá.

—Era Sandra; tu linda hermana Sandra.

—Tiempo ha que no la veo.

—Lo sé. Pero ¿no tiene gracia, Ugo Paolo Renzo? Por un lado tú me acatas como temporal aliado, y por otro, tu hermanita me tiende lazo. Daré con ella… y si sabes rezar, hazlo, Ugo Paolo Renzo, porque según parece la adoras, aunque ella por venganza haya tomado el partido de los genoveses.

Inclinó la cabeza el orgulloso condotiero. Crispados los puños, cubierto de sudor cuerpo y rostro, se contuvo. Necesitaba la causa corsa el apoyo de aquel vil bandido…

—Nada más, «Faciatosta». Cuando lo desees, ya nos veremos en el Lago de Venus. Allí mismo pienso ahogar a tu hermana por haber osado enviar *bravis* en contra mío.

Marchóse Luys Gallardo, convencido de que no hubiera actuado ni hablado mejor el propio Dago. Corsi.

Un rencor nuevo germinó en la noble alma del condotiero. Había jurado matar al que ahora, por necesidad política, tenía que soportar como aliado.

El bandolero que con ademán gentil de trovador, volvía a ofrecer su antebrazo a la mujer que él secretamente amaba. Y que acababa de afirmar que daría muerte a Alessandra Renzo…

Madona Altiera repitió su orden al capitán Fierro.

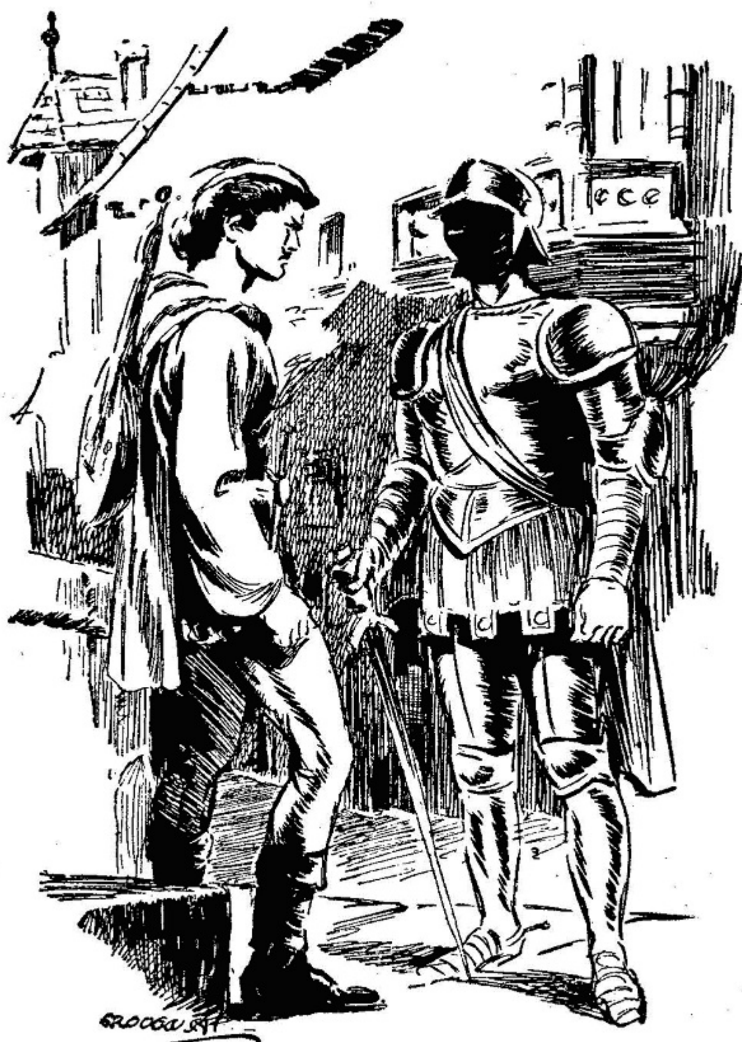
—Messer Corsi y yo solos, iremos al bosque Farnedo. No quiero escolta. Y advertid a madona Alicia que estaré pronto de regreso.

Abrióse la poterna principal. Descendió el puente levadizo, y por él atravesaron el foso, la condesa y el trovador.

En la explanada, retador en su aspecto, un hombre de multicolor atuendo, con ojos felinos y mostacho de guías enhiestas, paseaba

lentamente.

—Es Rasuni, el enviado de ese Abdul Hamez de que te hablé, mi dama —expuso Luys Gallardo—. Se ha convertido en mi sombra, y esta madrugada en el Lago de Venus, espalda contra espalda, me ayudó a enviar al infierno a doce *bravis*. Permíteme un instante.



—Ya nos veremos cuando lo desees en el lago de Venus.

Rasuni para los turcos, Delfín Lechuga, alias «Siete Vidas»,

saludó ampliamente con su chambergo a la que erguida, se mantenía separada.

Después, al aproximarse Luys Gallardo, se llevó los dedos a los labios.

—Boccato di cardenale, messer Dago. Una real hembra…

—Te advertí ya, Delfín, que tu frescura confianzuda me puede encolerizar. Esta dama es un ideal que tengo.

—¿Ideal vos, messer Dago? Sois un cáustico que domina la ironía.

—Aguarda aquí mi regreso. La condesa desea, en mi compañía, recoger flores en el bosque.

—Ya os dije, messer, que por español soy muy galante, y, aunque azules son mis calzas, no quiero que largos se me pongan los dientes. Quedo vuestro rendido servidor, messer Corsi.

Alejóse Luys Gallardo, y ya cerca del bosque, Altiera de Montemar musitó:

—Creo va en ti, trovador… Cruel sería si me hubieras mentido…

—En cueva de difícil entrada para quien no la conozca, ahí está Bembo, mi escudero, vigilando al buitre encadenado. Bembo es un gran personaje. Me aprecia mucho. Es un cobarde asustadizo, pero me seguiría hasta el propio infierno… Es un cazurro asustadizo, y me huelo que envalentonado al sustituir al muerto Camorra fanfarroneará mucho…

* * *

Un brasero apenas cubierto de cenizas, desparramaba un fulgor rojizo en el inferior de la cueva.

Sólidamente amarrado contra la cóncava pared, sentado, Dago Corsi mostraba en su rostro toda gama de iracundas ferocidades que imaginaba pensando en los tormentos que algún día podría aplicar al trovador que le había apresado y suplantado y al rollizo individuo que ahora sentado frente a él, le miraba con ojillos burlones.

Bembo, había sentido mucho miedo al encontrarse a solas con un cadáver, el de Rodrigo Camorra, y con el famoso y feroz Dago Corsi.

Después de enterrar al lugarteniente, fue poco a poco recobrando ánimos. Odiaba con toda cordialidad el trabajo y el

movimiento, pero estaba decidido a servir lo mejor posible al misterioso trovador que dos años antes, nadando y con las espaldas surcadas por recientes marcas de latigazos, apareció en playa desierta donde él se hallaba marisqueando.

Y empezó a pensar en una gran verdad, que le había expuesto Luys Gallardo:

«El hábito hace al monje».

Si los bandidos no reconocían al suplantador, entonces… él, Bembo, apodándose por mandato de su amo, «Camorra», debía mostrarse rudo y valentón.

Tosió varias veces, y por fin, decidió ensayar un poco para compenetrarse con su nueva personalidad:

—¿Conque eres tú el invencible Dago Corsi? Bah… Tú eres un mentecato… Yo soy un piamontés de los recios, y con eso está dicho todo. Te voy a dar una lección práctica de fortaleza y coraje, y no me rechistes o… vas a saber lo que es bueno. No me digas que galleo porque estás atado, que yo, Bembo, no le temo ni al diablo.

—Desátame —dijo secamente Dago Corsi—. Los valientes se reconocen manos libres.

—No seas provocativo —replicó riendo, aunque no muy tranquilo, el rollizo Bembo—. Tú sabes que un piamontés, después que tiene piernas y brazos rotos, y dos estocadas a través del pecho, sólo entonces y no antes, se permite decir: «Verdaderamente… sí… creo que no me encuentro muy bien»…

Dago Corsi cerró los ojos. Era para él insoportable el pensamiento de cuantas humillaciones aguantaba, él, que nunca las había sufrido.

—Lenguazas, ¡en pie!

Como si en sus posaderas hubiérase hincado un pincho, saltó en pie el gordinflón macizo.

—Saluda, malandrín, a mi noble dama la señora condesa de Montemar.

El saludo atribulado del escudero, pasó desapercibido para Altiera, que apoyándose contra la pared de la cueva como si temiera ser objeto de una pesadilla, contemplaba alternativamente a los dos «sosias».

Y vio cierta diferencia. El trovador era humano: el bandolero tenía el estigma de vilezas…

—Ahora lo ves con tus propios ojos, mi dama. ¡Éste es Dago Corsi! Mejor dicho, lo era. Porque ahora Dago Corsi soy yo, y por ti, mi dama, haré que los desalmados del Duino defiendan la causa que tú defiendes.

—¿Qué… piensas hacer con él, trovador?

—Por de pronto, amordazarlo de nuevo. ¡Cumple, «Camorra»!

—Presto, mi amo —obedeció, regocijado, el escudero.

—Colócale la capucha, que le deje abertura por donde respiren sus narices. Y ahora salgamos, mi dama, que apesta aquí dentro. Fíjate bien, «Camorra», que la capucha no debe revelar el menor rasgo de la cabeza de messer Corsi. Después, sal al exterior.

En el bosque, mientras ella iba aceptando las rosas que cortaba Luys Gallardo, éste expuso:

—Para mí sería un peligro el no contar con el buitre a buen recaudo. Esta noche exigiréis palabra de honor a vuestro capitán, condesa.

—Prefiero que me tutees, trovador. ¡No sabes cuán agradecida, te estoy! Por tu genial suplantación… me he evitado… —Y calló, sonrojada.

—Pedirás a tu capitán su palabra de honor. Y le acompañarás aquí a que recoja al prisionero encapuchado, que harás encerrar en mazmorra.

—Es un vil canalla que no merece seguir viviendo.

—Es que lo necesito con vida, por si alguna vez tengo que demostrar que no soy Dago Corsi.

—Comprendo. Haré lo que dices, trovador. Giovan Fierro me es fiel. Y en la más recóndita mazmorra, cubierto con túnica de sayal y encadenado, oculto el rostro bajo casco, nadie sabrá que Dago Corsi, el verdadero, está en mi poder.

Bembo apareció con su cansino andar.

—Volvamos al castillo, mi dama. Que tengo que recoger a Rasuni.

—Por favor… —suplicó ella, en voz baja—. No corras más riesgos de los precisos, trovador… Te tengo… me eres simpático… por tu desenfadada manera de ser generoso y audaz… ¿Y si en el Duino alguien adivina la suplantación? Sería horrible…

—No temas, mi dama. ¡Sólo para ti no soy Dago Corsi! Esto has jurado. A nadie revelar que yo, un errante trovador, he tomado la

personalidad de Dago Corsi.

—A nadie, ni a mi propia hermana, ni al capitán Fierro, lo diré. Lo he jurado.

—Y si te hablan ellos mal de Dago Corsi, recuerda tú que Luys Gallardo es tu esclavo.

Rasuni volvió a saludar profundamente al paso de Altiera. Y ella, antes de atravesar la poterna, volvióse…

En sus ojos alentaba un mundo de promesas.

—¡Bravísimo, messer! —dijo Delfín Lechuga—. Un paseo, unas rosas, y la dama es todo vuestra. Pero… ¿quién es este gordinflón…?

—Cuidado, Rasuní —dijo, sonriendo, Luys Gallardo—. Este hombre es mi nuevo lugarteniente: Bembo «Camorra». Se mata, con su sombra. Le he visto pelear, y contra diez soldados, empleando por arma un tronco de árbol, los despanzurró en menos que canta un gallo. Es un cafre, es un ogro…

Y vióse que pese a su aplomo, le impresionaba el panegírico que estaba haciendo quien para él era Dago Corsi, el indomable, del recién llegado.

Y Bembo, conoció una nueva embriaguez: la de sentirse temible. Frunció el entrecejo, y con voz que hizo ronca saludó:

—Si mi amo con amistad te trata, igual haré. Pero ten presente, Rasuni, que no acepto burlas sobre mis carnes.

—Perdona, Bembo Camorra —dijo el español—. Quiero que seamos amigos.

—Lo seremos —admitió, condescendiente, el piamontés— si mi amo así me lo ordena.

—Basta de intercambiar amabilidades —atajó Gallardo—. Vamos hacia el Duino, que allá me esperan impacientes mis piojos.

Echaron a andar Gallardo y el enviado de Abdul Hamez. Tardó unos instantes en hacerlo Bembo.

Todo su arranque de euforia, al verse casi humildemente suplicado por el retador «Siete Vidas» desaparecía ahora…

Miró con aprensión la masa lejana del castillo del Duino… rebosante en su interior de malvados asesinos…

¿Y si los bandidos, por cualquier circunstancia, adivinaban la suplantación?

Echó a andar, pero abatido y temeroso. La realidad era que por

más inteligente que fuera Luys Gallardo, y por más decidido y temerario que su temple fuera, ignoraba totalmente la vida anterior da Dago Corsi, y hasta el nombre de sus hombres.

El piamontés, a medida que iban aproximándose a los riscos sobre los que se sustentaba el Duino, a pesar de rodear su cinto el arsenal de armas del difunto Camorra, sudaba con creciente pánico.

Envidiaba la serenidad de Luys Gallardo, que ya en la base de los peñascos, repentinamente, lanzó el terrible alarido con que Dago Corsi reunía a sus bandidos.

Y cuando en lo alto de los peñascos se congregaron los Hermanos Corsos, Bembo persignóse devotamente, y sin querer recordó el cartel que según el poeta italiano Dante había a la puerta del infierno:

«Lasciate ogni esperanza»… («Perded toda esperanza»).

CAPÍTULO II

EN EL DUINO

Cinco años antes, el primer hombre que había acompañado a Dago Corsi había sido Rodrigo Camorra. Después, unióse a ellos Piero Bassano, y sucesivamente fueron agregándose nuevos forajidos a la cuadrilla que llegó a ser la temible asociación llamada Hermanos Corsos.

Piero Bassano, magro, de rostro maligno, servil y escurridizo, era el prototipo de bravi dulzón en modales y lenguaje. Pero era máscara que encubría un carácter de turbia inteligencia, pronta a cometer las mayores atrocidades.

Instruido, dándoselas de «leedor de suertes por los astros y las manos», revestia ropas de astrólogo, cubriendo su cráneo con bonete cónico sembrado de plateadas estrellas y su delgado cuerpo con larga hopalanda.

Era considerado, por los demás, como el brazo izquierdo de Dago Corsi, para quien había preparado sutiles narcóticos o poderosos venenos incoloros, según los requería.

Y también su conocimiento de la historia de los pueblos, era frecuentemente solicitado por el jefe bandolero.

Éste era el hombre que apenas amaneció, salió del Duino para dedicarse a recoger hierbas que luego maceraba, encerrando el jugo así obtenido en varias redomas, que llevaba consigo en alforja doble que en caminatas y combates colgaba siempre de su hombro.

Inclinábase para recoger un amarillento brote, cuando recibió un manotazo en la espalda. Fue maravillosa la destreza con que el astrólogo, extrajo de su hopalanda un largo estilete, presto a clavarlo.

Volvió a envainarlo con la misma rapidez.

—Hola, Bucco; hola, Fredo. —Saludó a los dos hombres que en ausencia de Dago Corsi y su lugarteniente, actuaban como cabecillas.

—¿No oíste lo que ordenó Dago? —masculló Bucco—. Nadie sale del Duino.

—Esta tierra es el Duino —gruñó messer Piero mostrando sus dientes ralos y sucios en mueca de hiena—. Dijo nuestro amo, que del Duino no saliéramos, entendiendo por tal, que no bajáramos los peñascos. Cuidad vosotros de vuestros menesteres, que tienen los demás que ocuparse en fortificar el castillo; así lo ordenó nuestro amo.

—Mirad quién viene —intervino Fredo.

Trepando ágilmente por los riscos, con seguridad de criatura montaraz, una mujer ascendía…

Bárbara Foscari, la calabresa… La amante de Dago Corsi, la voluble hermosa que pasaba fácilmente de un llanto suplicante a una cólera chillona.

Los largos bucles negros contrastaban con el blancor de los hombros desnudos en atrevido escote, prieto el talle en corpiño de negro terciopelo que sujetaba la blanca camisola holgada.

Una falda de listas rojas y negras llegaba a media pierna de la que, sin medias, calzaba rojas sandalias de cintas que alrededor del tobillo y la pantorrilla anudábanse bajo la rodilla.

Las cejas en línea oblicua que sobre la respingona nariz, remontaban hacia las sienes, los verdes ojos, los rojos labios sensuales y el ondulante andar de la desconocida, tenían una turbia fascinación.

Al llegar, contempló malévola a los tres hombres, que la miraban con fijeza.

Habló con cálida voz de ronca resonancia acariciante.

—No tardará en llegar mi amo. Y… ¡Camorra ha muerto!

Los tres bandidos personificaron primero la más absoluta sorpresa. Y después, lentamente, apareció en los tres semblantes una esperanza…

Rió burlona ella.

—No tengáis la esperanza de ser uno de vosotros el substituto de Camorra. Mi amo me ha dicho que vendrá con un piamontés, cuya valiente ferocidad hasta a él mismo le impone. Conque, no os alegre

tanto la muerte de Camorra.

Bucco y Fredo fuéronse al interior del castillo. Bárbara Foscari, aproximóse a Piero Bassano, por cuya barbilla pasó la diestra en caricia zalamera.

—¿Cuándo me darás el filtro de amor que para mi amo quiero?

—Aparta, que si nos viera… él…

—Se ríe de ti, porque sabe que eres un fauno. ¡Pobrecillo Piero! Eres feo, y él es guapo; eres sucio y él es sano; eres cobarde y él es valiente como ningún hombre.

—Un día él te matará, porque no le obedeces.

—Me dijo una vez que yo era como una tigresa loca… Pero dime, Piero, ¿es cierto que mi amo ronda a la castellana de Montemar? Con mi puñal le arrancaré el corazón y me lo comeré. ¡Si! Me comeré el corazón de la que inspire amor a mi Dago. ¡Y díselo así a él, chivato soplón! ¡Vete, que me das asco! ¡Vete!

Sacudiendo la cabeza alejóse messer Piero. También él tenía la opinión de que Bárbara Foscari no estaba muy en sus cabales… quizá porque acostumbrada a reinar en las voluntades masculinas, no podía dominar el indomable temple de Dago Corsi, que, no obstante, la amaba… a su modo.

Una hora después, abismada en sus pensamientos, Bárbara Foscari púsose en pie.

Bajo los peñascos acababa de resonar el alarido contraseña. Corriendo fueron apareciendo todos los Hermanos Corsos.

Y en dos largas hileras abrieron paso, al aparecer Luys Gallardo, seguido por Delfín Lechuga y Bembo.

Bárbara Foscari sabía hasta dónde podía llegar. Delante de sus hombres, Dago Corsi no toleraría el menor desplante. Por eso permaneció oculta.

Poco después, en la vasta sala que antaño fuera patio de armas, sobre un estrado formado por odres, encaramóse Luys Gallardo, y en lo alto, adoptó idéntica postura a la que aquella noche viera adoptar a Dago Corsi.

—¡Arriba, «Camorra»!

Bembo, sudoroso y jadeante, aupóse hasta colocarse al lado del audaz trovador.

Todo alrededor del estrado, apiñábanse los patibularios bandidos. Y Luys Gallardo, remedando el tono hosco de Dago Corsi

y su tétrico semblante, sólo alterado de vez en cuando por rictus feroz, habló:

—Murió anoche Rodrigo Camorra. Este que veis a mi lado le substituye. Es Bembo… y será para todos Camorra. Bembo «Camorra» tiene mal genio, es un piamontés que en la brega es un jabalí. Acatad sus órdenes… tened cuidado, porque si a diario no mata a alguien, enferma. ¡Abajo, «Camorra»!

Envalentonado, Bembo descendió, girando a diestro y siniestro ojeadas amenazadoras. El propio temblor de miedo de sus labios, fue interpretado como fiereza contenida.

Señaló ahora Luys Gallarda a Delfín Lechuga, y siempre recordando actitudes y gestos de Dago Corsi, ordenó:

—¡Izad!

Varios brazos empujaron hacia arriba al enviado de Abdul Hamez, y en el estrado, Luys Gallardo asió por el coleto al así izado, atrayéndolo hacia sí.

—Éste es Rasuni, un renegado, que envía Abdul Hamez, para cerciorarse de que soy el rey de Córcega. Necesito la ayuda de las galeotas del pirata turco, y por eso tolero la presencia de este hombre entre nosotros. Que nadie le busque reyerta.

Señaló ahora Gallardo a un bandido, que, malcurado por messer Piero, ostentaba la mutilación de lengua y orejas que la noche anterior, ante los reunidos como ahora, había efectuado con su daga el jefe bandolero.

—¡Izad!

Sostenido en vilo, Lorno, el mutilado, parecía un pingajo monstruoso. El propio Delfín Lechuga, que había visto muchos espectáculos crueles, sintióse asqueado.

Pero admiró también el vigor con que, aparentemente sin esfuerzo, Luys Gallardo mantenía en vilo a Lorno.



—Tened cuidado, porque si a diario no mato a alguien...

—Mira a este piojo, Rasuni —dijo el trovador—. Habló lo que no debía y olvidó que mi sola voz es la que debió oír. Anoche le corté lengua y orejas. Me lo agradece. ¿Verdad que sí, carroña?

Y agitó por el cuello al mutilado, que asintió con cabezadas…

—Míralo bien, Rasuni. Es mi advertencia. Espía cuanto quieras, pero sólo a Abdul Hamez lo dirás.

Y con gesto despectivo, lanzó Gallardo al mutilado Lorno contra el grupo apiñado a sus pies, al igual que lo hubiera hecho Dago Corsi.

—¡Abajo, Rasuni!

Apresuróse el español a obedecer.

—Ahora oídme todos, piojos. Nos vamos a trasladar a la gruta de Anfitrite. Será nuestra guarida. Lo he pactado con el condotiero «Faciatosta», que está a mis órdenes. Allí convocaré a los principales jefecillos para que por las buenas acaten mi mando. ¡Y ay del que se niegue! ¡Bucco, Fredo!

Eran los dos nombres que, aparte de los de Barbara, micer Piero, Lomo y Camorra, conocía Gallardo de todos los bandoleros.

Los dos interpelados, que ya estaban junto al estrado, alzaron los rostros.

—Tú, Bucco, con la mitad de los Hermanos y por grupos, os trasladaréis ya a la Gruta de Anfitrite. ¡Andando! ¡Que contigo se vayan los que atrás están! ¡Y ay del que por el camino se detenga, o cometa imprudencias!

Como polvareda barrida por viento repentino, movilizáronse los que en círculo de varias hileras, estaban más cercanos al pasadizo.

—Tú, Fredo, llévate al bosque Farnedo al resto. Aguardarás allá lo que por Bembo «Camorra» te mande hacer. ¡Andando! ¡Queden sólo aquí Bembo, Rasuni y micer Piero!

Poco tardó la vasta sala en verse vacía. Al pie del estrado quedaron únicamente Rasuni, Bembo y el astrólogo.

El piamontés miró ferozmente al astrólogo, manoseándose el cinto con gesto fachendoso.

—¡Izad! —dijo Gallardo, señalando al astrólogo.

Sin consultarse, tanto Bembo como Delfín Lechuga, empuñaron por las corvas a Piero Bassano que atraído por la diestra del trovador, hallóse en el estrado.

Y como la noche anterior ante Dago Corsi, hizo ahora una servil genuflexión.

—Atiende, micer Piero. Ayer dije que con nuestros aceros estábamos escribiendo páginas de historia. Tú, que eres hombre letrado, sabes ya lo que hacen nuestros prohombres. Se rodean de vates y biógrafos. Tú escribirás mi historia. Quiero que la posteridad celebre mi vida narrada brevemente por tu pluma. Te

doy dos días, ¿oyes, infecto piojo? Ni uno más. Escribirás cuanto he hecho desde que conmigo estás. Sin floreos, ni palinodias, que ya las pondré yo.

—¿Todo tengo que escribirlo, mi amo?

—Sin olvidar detalle.

—Un día me dijiste que no dijera a nadie cómo conociste a Bárbara.

—¡Torpe imbécil! Lo repito. A nadie lo dirás. ¡Pero si lo escribirás, que sólo yo he de leerlo! Pero, además, en vista de los acontecimientos que se avecinan, necesito dividir a mis piojos en tres clases. Gorriones, piojos, y reptiles. Yo me entiendo. Harás, pues, lista de todos los hermanos, con sus nombres, descripción física y hazañas. ¡Presto, al trabajo! Vete ya a la gruta de Anfitrite, ármate de plumas y tinta, y trabaja sin descanso. ¡Andando!

El empujón de Luys Gallardo, demostró que el astrólogo era ágil, porque cayó sobre sus pies al suelo, pese a que con toda mala intención tanto Rasuni como Bembo se apartaron.

Desapareció corriendo. Luys Gallardo, de un salto, descendió.

—¿Cuál es tu opinión, Rasuni?

—Mandáis como un tirano místico, messer Corsi. Todos os obedecen con celeridad pasmosa. Más que turbamulta de bandidos, parecen disciplinado soldados.

—Mis años me costó —siguió mintiendo el trovador—. ¡Mala peste! —exclamó de pronto—. ¡Corre, Bembo, y tráeme a micer Piero! ¡Me olvidé algo importantísimo!

Piero Bassano se detuvo, cuando tras él la voz del piamontés, gruñó:

—¡Alto y media vuelta! ¡Mi amo te llama! ¡Presto!

Luys Gallardo, prietos los labios, miró unos instantes a Piero Bassano, que empujado por Bembo, repitió de nuevo su genuflexión.

—Dame pruebas de tu eficacia como secretario relator, micer Piero. Oíste que mi propósito es ofrecer sitio en mi banda a los jefecillos que por los montes pululan. ¿Cuáles llamarías primero, por considerarlos más importantes?

—Un día me dijiste, mi amo, que…

—Lo que te dije, pasó. Ahora soy yo el que quiero oír tu opinión. ¡Y ay de ti si vuelves a replicar con reticencias a mis preguntas!

¿Cuáles son, a tu entender, los principales jefecillos libres?
—Battista Malfi, Ascanio Novara, Filipo Ferrante y Vincenzo Fedele, mi amo. Mandan, como sabes, en más de cincuenta corsos.
—Repite, Bembo «Camorra» —exigió Gallardo.
—Battista Malfi, Ascanio Novara, Filipo Ferrante y Vincenzo Fedele, mi amo —recitó el piamontés, que de oídas conocía perfectamente los nombres de los cuatro jefes bandoleros, célebres por sus fechorías.
—Puedes irte ya, misero Piero. ¡Andando! Bien, Bembo «Camorra», ahora irás al bosque Farnedo. Y ordenarás a Fredo que destaque veinte piojos. Cinco por cabeza a la búsqueda de cada uno de los cuatro citados. Que les sea dicho a los cuatro, que yo, Dago Corsi, les emplazo en el Lago de Venus, de la Gruta de Anfitrite. Que les doy palabra de vida salva, si se presentan antes de siete días. Después los iré a buscar y sabrán lo que esto significa. Pueden acudir los cuatro juntos, si así lo quieren. ¿Te has enterado?
—Sí, mi amo.
—Pues, ¡andando! Y me aguardas en el lago de Venus, a donde te trasladarás con el resto de los piojos que con Fredo aguardan en el Farnedo. Saldréis dentro de una hora.
Quedó solo el trovador con el enviado de Abdul Hamez.
—Sois breve y expeditivo, messer Corsi. Creo que mi informe complacerá a Abdul Hamez.
—Abdul Hamez y tú me importáis un comino. Lo que quiero son las galeotas.
—Las tendréis, messer. Y ¿me es permitida una pregunta?
—Hazla, la contestaré si me da la gana.
—¿Por qué queréis dividir en tres clases a vuestros bandidos?
—A su tiempo te lo diré. Los reptiles sirven para tareas inmundas y rastreras, de espiar, apuñalar por la espalda y envenenar. Los piojos para pegarse a murallas y adherirse en cuerpos a cuerpos.
—¿Y los gorriones?
—Si los hay, que lo dudo, serán mi escolta de élite, que preservaré no enviándolos a suicidas cometidos. Quiero reorganizar mis fuerzas, porque emprendo una gran labor.
—Soy discreto, messer. Y prueba de ello es que me alejo. Yo también me voy a aguardaros en el Lago de Venus, donde

entablamos conocimiento.

—Libre eres de andar por donde se te antoje.

—Me retiro… porque diviso nueva dama, messer. Sois afortunado. Si bella era la castellana, soberbia es la moza que allí os acecha con ojazos verdes que…

—¿No te ibas, Rasuni?

—Hasta pronto, messer.

Y antes de subir las escaleras que conducían al pasadizo, Delfín Lechuga barrió el suelo con la pluma de su chambergo ante la acurrucada figura de Bárbara Foscari, que no le miró porque sólo tenía ojos para fijarlos en Luys Gallardo.

El trovador, dentro de dos días, sabría cuanto a Dago Corsi se refería gracias a la supuesta biografía que había exigido a usanza de los vanidosos tiranos de la época.

Por el instante, aproximándose a la «mujer-diablesa» como mentalmente la calificaba, sin sonreír, torvo el ceño, preguntó:

—¿Qué esperas?

—Sufro, mi amor —dijo ella, tenuemente.

—Vete a la Gruta.

—No seas cruel, Dago. Me rehuyes… ¿Dónde están los abrazos apasionados con que me acogías, después de nuestras separaciones?

—Tengo mucho en qué pensar, mujer. Preparando estoy gran epopeya, que por todos los ámbitos italianos hará que mi nombre sea proclamado como el del arrollador torbellino que de Córcega barrerá invasores.

—Soy tu esclava, Dago, pero he jurado arrancar el corazón de la mujer que ahora reina en tus pensamientos.

—Tu lengua arrancaré si sigues importunándome ahora con necias nimiedades —dijo Luys Gallardo, esforzándose en ser rudo con una mujer.

—¿Cuál de las dos condesas de Montemar asedias? —inquirió ella, en pie y retrocediendo.

—¡Mala peste! ¡Ay de ti si persistes en encolerizarme!

—No te enojes, mi amor. Soy celosa, y antes que verme privada de tus caricias, prefiero morir.

—Vete… —Y sonrió ahora Luys Gallardo—. Vete y aguarda.

—Dame un beso, mi amor —suplicó ella.

Luys Gallardo, como ya tuvo que hacer en el Lago de Venus,

pugnó por desasirse de la que enroscábase como serpiente.

—Déjame a solas, mujer. Tengo que pensar.

Ella partió, y también como en la Gruta, fue lanzando, besos con sus dedos hasta desaparecer.

—¡Diantres con la empalagosa! —murmuró, risueño, el trovador —. Espero que la biografía de mi gemelo, no abundará en muchas Bárbaras, surgiendo de improviso exigiendo amor. Y si ha de ser así, que al menos sean doncellas de más puros pensamientos…

Meditó unos instantes y, por fin, decidió sus próximos pasos. Iría a Ajaccio para averiguar cuanto pudiera acerca de Alessandra Renzo, la que, por motivos que ignoraba, había enviado trece *bravis* a apoderarse de él.

Y quería saber si, como sospechaba, era Bárbara Foscari la que señaló a la hermana de «Faciatosta» su presencia en el Lago de Venus.

Capítulo III

INTRIGAS FRATRICIDAS

De las numerosas tiranías del siglo XVI en Italia, puede decirse en general que donde destacan sus más lamentables aspectos con más violento relieve, es en los pequeños señoríos.

Tratábase de familias numerosas; todos sus miembros querían vivir de acuerdo con su jerarquía, y así las discordias hereditarias constituían un constante e inminente peligro.

Las armas estaban en manos de todos y las casas de los distintos hermanos llenas de *bravis*. Había violencias a diario. Entre los *bravis* de las distintas casas se producían, a veces, verdaderas batallas en la vía pública.

Los gobernadores o Grandes Maestres de cada ciudad, se callaban y no intervenían para no envenenar aún más las cosas, dejando que cada señor se las compusiera a su modo.

Se respondía a asaltos y conjuraciones con venganzas terribles y un tumultuoso espectáculo de crueldad ofrecían casas muy nobles, donde la ambición vanidosa de ser el más señalado, causaba estragos.

Pero donde más se destacaba la peculiar *vendetta*, o sea, la venganza entre familiares, era en la isla de Córcega.

Y la *vendetta* que con más saña ensangrentaba las calles de Ajaccio, era la que dividía en dos bandos las casas de los hermanos menores de Ugo Paolo Renzo, el condotiero linajudo, que si bien asegurábase eligió recorrer al frente de su estandarte la isla en lucha contra el invasor impulsado por su afán patriótico, también decíase que así se alejó del lugar donde Conrado Renzo, su hermano, y Alessandra Renzo, la hermana menor, que él adoraba, sostenían entre sí un continuo batallar.

El inicio de aquella lucha fratricida había sido el enamoramiento de Alessandra, que casó con caballero genovés. Génova era, por entonces, la mortal enemiga de Córcega.

Conrado Paolo Renzo dio personalmente muerte a su cuñado, ensañándose en él y cometiendo el criminal acto ante los ojos de su propia hermana, inmovilizada por dos *bravis* al servicio de Conrado.

Durante cierto tiempo, pareció que Alessandra, que amaba locamente al genovés, escondía su dolor en la mansión que a ella sola pertenecía por herencia.

Pero Conrado manteníase vigilante en su pequeño castillo, erigido al extremo Sur de la ciudad. Sabía que la sangre ardorosa de su hermana, reclamaría prontamente venganza.

Y empezó entonces la serie de incidencias, que fueron sembrando de crímenes la rivalidad entre los dos. Varias veces, dióse por muerto a uno de ambos.

Otras, declarábase que Alessandra, en huida ante el empuje momentáneamente triunfante de Conrado, habíase refugiado en Génova, la enemiga, pactando alianza con los invasores.

Otras, era Conrado el que, a la presencia de genoveses, abandonaba su castillo, confiándolo a la defensa de sus *bravis*.

Y por el mismo tiempo en que se rumoreaba que Dago Corsi, después de avanzar desde el interior, arrasando a su paso una decena de castillos que habían dado acogida a franceses y genoveses, aproximábase a Ajaccio, reinaba un paréntesis de calma en la lucha fratricida empeñada entre ambos hermanos, debido a que la mansión de Alessandra estaba desierta y tan sólo había quedado servidumbre, que juraba que su señora se encontraba en Génova.

Dióse el caso de que por algunos fortuitos triunfos obtenidos por Conrado Renzo sobre aisladas mesnadas de invasores, el hermano menor de la casa Renzo concibió un mezquino sentimiento de envidia y rencor hacia «Faciatosta», el hermano mayor, a quien todos proclamaban como ejemplo de guerrero austero y genial.

Sabía también, que si bien se abstenía «Faciatosta» de intervenir en la sangrienta querella entre los dos menores, desaprobaba tanto el que Alessandra se pasara al bando enemigo, como la tiránica y ostentosa manera con la que él, Conrado, pretendía sobresalir, cometiendo tropelías sin nombre bajo la invocación de ser un corso

patriota.

Hacía ya un mes que genoveses y franceses habíanse retirado voluntariamente de la isla. Sabíase que era para intentar por intermedio de la Banca de San Jorge negociaciones que condujeran a unir ambos estados en su propósito de apoderarse de la isla.

Conrado Paolo Renzo, pequeño y delgado, aquejado de intermitentes fiebres que le producían un estado de exasperación, hallábase en uno de sus momentos malignos, cuando Orsini, el jefe de los *bravis* que permanentemente le escoltaban de día y noche, penetró en la alcoba, donde custodiado por ocho *bravis*, Conrado dormitaba inquietamente.

—Buenas nuevas, mi señor —anunció Orsini.

Vestía abigarrada y suntuosamente, y sus aceitosos cabellos untados de pomada, encerrábanse en redecilla con los colores elegidos como librea por el hermano menor de la casa Renzo.

Limitóse Conrado a sentarse en el lecho, haciendo con su mano flaca y sudorosa, un gesto imperativo.

—Madona Sandra ha regresado.

Un espasmo de odio vigorizó al enfermizo Conrado. Púsose en pie, y acercándose a un enorme vaso de cristal, cogió una de las manzanas que, ya mondadas, nadaban en vino blanco azucarado.

Mordió la fruta con dentellada glotona y por entre los dedos de la prieta mano con que sostenía la fruta, rezumaron viscosamente los jugos y el vino de la exprimida fruta.

—¿Cómo lo sabes?

—Como me ordenasteis, mi señor, desde la huida de madona Sandra dejé un turno de cuatro espías cerca de su casa. Y Fabián, el que anoche estaba de vigilancia, vio, cuando faltaban escasamente unos momentos para la medianoche, a un hombre que con muchas precauciones saltaba la tapia posterior del jardín. Poco después, aquel hombre penetraba en la casa.

—Uno de los tantos que en vano rondan la casa, esperando hallar en ella a mi complaciente Sandra —dijo, malignamente, Conrado—. De todos es conocido que mi linda Sandra sé ha consolado pronto de su viudez, y que cualquier jugador apuesto puede aspirar a su mano.

—Permitidme discrepar, mi señor —dijo, con cierta firmeza, Orsini—. Muchos son los que en vano han requerido de amores a

madona Sandra.

—¿Osas contradecirme, perro? —barbotó Conrado, llevando iracundo la diestra al largo estilete que colgaba de su cinto.

—Digo, mi señor, que si bien madona Sandra halla satisfacción en oír cantos de trovador, para ella hasta… hasta ayer, no había hombre alguno que la hiciera olvidar al genovés.

—¿Hasta ayer? —inquirió Conrado, cediendo la cólera el paso a la curiosidad, y mirando de soslayo al que para sus fines era imprescindible ayuda—. ¿Es que el asaltador era un afortunado galán?

Y con cambio de actitud que denotaba su sinuoso temperamento, Conrado, a la vez que se secaba los dedos aproximándolos a la llama de una de las muchas velas perfumadas que iluminaban la habitación, sonrió aviesamente.

—Debo ser justo, y hasta hoy reconozco que Sandra, mi amable hermana, fue una viuda ejemplar. ¿Quién es el afortunado galán?

—Fabián, exponiendo su vida, mi señor, penetró en la casa y su arriesgado acto merece recompensa, porque obtuvo preciosos datos. El hombre que asaltó la casa, era Giovani Musso…

—Nunca supuse que mi encantadora Sandra se enamorara de un *bravi* que está al servicio de quien le pague, porque Musso no pertenece ni siquiera a la casa de un mercader celoso.

—Giovani Musso fue convocado por madona Sandra, para que a las cuatro de la madrugada, con una docena de *bravis* contratados, apresara a Dago Corsi, que allí tenía cita…

—¿Qué insensatez es ésta? ¿Para qué interesa Dago Corsi? —Y Conrado, entrecerrando los párpados se interrumpió—. Sigue, Orsini, que adivino muy sabrosas las noticias que obtuvo el bravo Fabián.

—Giovani Musso recibió de madona Sandra una bolsa con cien florines como anticipo y la promesa de que al siguiente anochecer, porque madona Sandra quiere que se ignore en Ajaccio su regreso, cuando Musso volviera con el prisionero, recibiría cuatrocientos florines más.

—Buen precio. Bien los vale Dago Corsi. Pero… ¿qué pretende mi inteligente hermana con la captura del diablo de la selva?

—Fabián, sabiendo que a las cuatro de la madrugada, en el Lago de Venus, sabría dónde encontrar a Musso y lo que después éste

haría con Dago Corsi, si lograba apoderarse de él, pensó sagazmente que le convenía quedarse a escuchar la conversación que siguiera entre madona Sandra y el caballero que presente en lo tratado con Musso, hasta entonces no había abierto la boca.

—Fabián se ha ganado diez ducados. Continúa, Orsini.

—Apenas marchado Musso, madona Sandra conversó largamente con el desconocido. Éste se llama Jérôme Vilain, y…

Cuando Orsini terminó de reproducir cuanto había oído Fabián, Conrado Paolo Renzo dijo, centelleantes los ojos de odio:

—Tú me respondes de que al anochecer, cuando ella espere a Musso, te apoderarás de ella y del francés… ¡Esta misma noche, quedarán tan sólo dos Renzo! Y por lo que respecta a «Faciatosta» seguirá muy pronto a su *cara bambina* Sandra…

* * *

Jérôme Vilain, la noche anterior, dedicó sinceros elogios al especial aroma que respiraban los jardines de la mansión de Alessandra Renzo.

El francés, no mal parecido, distinguido en modales y conversación, aureolado por una fama de inteligentísimo genio conspirador al servicio de la Casa de Banca de San Jorge, constituía para la corsa un reciente conocimiento importante.

Era culto, sabía disciplinar sus nervios y hablaba con indolencia: la antítesis de la mayoría de los caballeros corsos.

Dominaba el arte de charlar superficialmente de muchas cosas ajenas a la misión que le hacía acompañar a Alessandra Renzo en su secreto viaje a Ajaccio.

Cuando se hallaban esperando al convocado Giovani Musso, limitóse el francés a expresar su absoluto desconocimiento de las costumbres corsas:

—¿No creéis, Sandra, que un asesino a sueldo puede traicionaros?

—Giovani Musso cumplirá fielmente mientras mi pago sea generoso. Lo cual no obsta para que si mañana Conrado le pagara para matarme, lo intentase. Pero por ahora, acudirá servilmente al acicate del oro que le he prometido.

Giovani Musso tenía plasmada en el rostro la máscara de sus innumerables crímenes, que le conferían la peculiar mirada

indiferente del hombre ajeno a todo sentimiento bueno.

No obstante, pestañeó cuando oyó la proposición de Alessandra Renzo:

—Emplea los *bravis* que quieras, pero mañana, al anochecer, me traerás preso a Dago Corsi.

—¿Dago Corsi, mi señora Sandra? —refunfuñó Musso—. ¿Os dais cuenta que pedís un imposible?

—Si te lo pido, es porque es posible. He hecho seguir a su amante, la calabresa, y por ella ha sabido mi espía averiguar que esta madrugada a las cuatro, Dago Corsi estará con su lugarteniente en el Lago de Venus.

—Necesitaré doce hombres, mi señora Sandra.

—Toma cien florines como señal y mañana, al anochecer, tendrás otros cuatrocientos. No aparezcas antes de mañana al anochecer, porque quiero que se ignore mi llegada.

Al haberse marchado Giovani Musso, Jérôme Vilain preguntó:

—¿Acaso el bandido Corsi es un nuevo Goliath? Tenía entendido que los *bravis* italianos no tenían igual para tender asechanzas. No obstante, este hombre pide doce más para su emboscada.

—Personalmente, ignoro qué aspecto tiene Dago Corsi, ya que son muy contradictorios los informes que de él se tienen. Pero lo indudable es que a los fines vuestros, Jérôme…

—Decid mejor, a los fines de la Casa de San Jorge.

—… Dago Corsi, si acepta el espléndido pago que vais a ofrecerle, puede ser el principal forjador del triunfo de la causa aliada que vos representáis.

—Si como lo describen, es el bandido Corsi un ser orgulloso, mal se tomará el aparecer preso ante vos.

—Corsi es enemigo de franceses y genoveses, Jérôme. No aceptaría parlamentar con ellos. En cambio, apresado por ellos, que vos representáis, se estimará posiblemente muy contento de su suerte, ya que en vez de morir obscuramente, estrangulado, recibiría la más generosa oferta capaz de tentar al más íntegro bandido.

—Cierto que mi oferta, en nombre de la Casa de San Jorge, es inigualable. Pero pesa mucho en la balanza la enorme ayuda que representaría para nosotros el bandido Corsi, al lograr unir a los demás bandoleros y dejar de hostigarnos. Y ahora, mi querida

amiga, ¿hablamos de temas menos espinosos? Nosotros los franceses, somos refractarios al papel preponderante, que desempeña la mujer en vuestro país. Estimamos que la delicadeza femenina…

Cuanto iba diciendo el francés, oído por Fabián, fue lo que a éste le hizo suponer que se iniciaba un amoroso dúo entre Alessandra Renzo y el secreto enviado de la Banca de San Jorge.

Ignoraba que para ella, siempre en continua alarma recelosa, la espiritualidad del francés, era un remanso de calma…

Marchóse el espía de Orsini cuando juzgó que ya había oído bastante, y que la lectura que de un escritor francés estaba haciendo Jérôme Vilain, citando galantes escarceos, no tenía interés.

Y Alessandra Renzo manifestó su cansancio y su deseo de retirarse, despidiéndose del francés, para volver a encontrarse al día siguiente a media tarde.

* * *

A media tarde del día siguiente, en el frondoso jardín que uníase por tupida arcada de flores con la mansión de Alessandra Renzo, ésta recibió con agrado la cortés reverencia con que la acogió Jérôme Vilain.

Aunque ambos, por distintos motivos, esperaban con impaciencia la llegada de Giovani Musso y su prisionero, no aludieron para nada a tal contingencia, sino que hablaron de artes, comparando los respectivos valores de sus patrias.

Súbitamente, Jérôme Vilain en pie, llevó la diestra a la empuñadura de su espada.

Por la alameda avanzaba un hombre, terciado un laúd a su espalda, y envuelto el busto en corta capa roja…

Alessandra Renzo murmuró en voz baja:

—Aquietaos, Jérôme. No es más que un trovador… Pero, vigilad, no obstante. Puede muy bien ser un espía de Conrado…

Luys Gallardo, quitándose el capuz, hizo con donaire una burlesca reverencia.

—Por fin, mi benévola estrella me concede la gloria de admirarte, Sandra.

Con el mismo tono familiar que toleraban entonces las damas a los juglares, contestó Sandra:

—¿Quién eres tú?

—Un trovador, caballero andante de la ilusión.

—¿Quién te dio acceso?

—Las alas del libre espíritu. Salté el muro, porque siempre hallaba cerrada la puerta.

—Tu desparpajo es imprudente, trovador. ¿Cómo supiste que aquí estaba yo?

—Me lo susurró el geniecillo protector de los errantes cantores.

—¿Echo a este titiritero, Sandra? —intervino, desdeñoso, Jérôme Vilain.

—Apartaos, Jérôme —dijo ella, con tono autoritario—. En Italia, los juglares, al igual que los bufones, tienen casa abierta y mesa puesta. Y dime, ¿cuál es tu nombre, trovador?

—Luys.

—Nombre español. ¿Compusiste, acaso, balada en mi honor?

Luys Gallardo, valido de su cualidad de trovador, observaba con amable descaro a la que la noche anterior había enviado trece *bravis* a apoderarse de Dago Corsi.

—No es en palacios donde se aprenden las verdades acerca de los que en ellos residen, Sandra. Esta tarde he sabido mucho sobre tu vida. Estás pálida, y tu rostro dice tristezas, amores muertos… Eres armoniosa, y muy distinta era la imagen que de ti me forjé…

—Sigue, trovador. Sabes mucho o sabes poco. Sigue hablando, porque tu voz es cálidamente jovial. ¡Y si supieras, trovador, cuánto necesito un hálito de simpatía! ¿Cómo me imaginabas?

—Alta, erguida, borrascosa… Y eres menuda, melancólica, apacible. ¿Es engaño, Sandra? Dicen en los tugurios que sólo vives para vengarte. Que traicionas a tu patria, para lograr que tu hermano Conrado te sea entregado vivo. Que por lo mucho que amaste, mucho odias. Creí encontrarme dama tenebrosa y veo ante mí una mocita desamparada… porque —y Luys Gallardo miró burlonamente al francés, que a varios pasos manteníase vigilante— si éste es tu único caballero defensor, muy sola, estás, Sandra.

Ella, que desde la muerte de su esposo asesinado ante sus ojos por Conrado con cruel ensañamiento, había vivido llorando y conspirando, entre ambiciones y ajenas turpíludes, sintióse extrañamente conmovida por el tono protector y amable con que Luys Gallardo la hablaba.

—Temerarias son tus palabras, trovador. Todos los de tu clase, sois propensos a tomaros mucha libertad. Has penetrado en mi casa, saltando muros y ahora me hablas con lástima…

—No es lástima, Sandra. Es ternura. ¿No te dije que soy andante caballero de la ilusión? Vi una vez en un bosque sombrío, a una tórtola que entre gavilanes y buitres, quería fingir vuelos de águila. Me inspiró ternura… y la ballesta con que pretendía herirla, tornóse entre mis manos, laúd.

—¿Por qué habías tú de herirme? ¡Bastante me ha herido el Destino! No te conocía hasta ahora, trovador…

Púsose ella, de pronto, en pie. Las primeras sombras del crepúsculo invadían el recóndito jardín… y por entre los tupidos arbustos oíanse tenues pisadas cautelosas.

—¡Orsini! —exclamó ella, demudada, al reconocer al esbirro principal de Conrado Paolo Renzo.

Gubio Orsini, en silencio, con el largo estilete que sostenía en su mano zurda, señaló al francés y a Luys Gallardo.

Tras él, cuatro *bravis*, estoque y daga al aire, avanzaron siniestramente silenciosos.

Fue inesperada, tanto la aparición de los cinco esbirros, como la repentina transformación de la actitud del francés, que, hasta entonces erguido y desdeñoso, abatióse de pronto, para lanzar una exclamación aguda y echar a correr…

Tras él abalanzáronse dos *bravis*, mientras Orsini repetía su señal hacia el español.

Impulsivamente, Alessandra Renzo, colocándose tras Luys Gallardo, exclamó, trémula:

—¡Este hombre es un pacífico juglar, Orsini! Déjale partir…

—Gracias, generosa —sonrió Gallardo—. Te has ganado mi corazón, porque demuestras bondad al pensar en mí antes que en ti. ¡Venid acá, valientes! Pocos sois dos espadachines para prenderme a mi.

Los dos sayones, con diestra acometida simultánea, dirigieron sus cuatro aceros hacia el cuerpo del que hasta entonces permanecía inmóvil, cubriendo con su persona a la demudada Alessandra.

Orsini imprecó en soez terno, cuando vio como en centelleante desenvainada, el estoque y la daga de Luys Gallardo apartaban los enemigos aceros y uno de los *bravis* boqueaba agónico, atravesado

el cuello por certera estocada.



...habíase transformado en un torbellino combativo.

Acudió Gubio Orsini en refuerzo, y con saña entablóse un desigual combate, cuando al caer el otro esbirro, los dos que habían salido en persecución del francés, irrumpieron corriendo.

Alessandra Renzo pasó de la más honda aflicción desesperada, a un naciente pasmo de esperanza.

El que para ella era un pacífico juglar atrevido, habíase transformado al desenvainar aceros en un torbellino combativo, que no sólo defendíase con brío, sino que atacaba con sin igual maestría.

En saltos felinos, hurtaba el cuerpo a los alevosos y bien dirigidos golpes mortales de los *bravis* y a la vez sus dos aceros, en molinetes raudos, asestaban altibajos impresionantes.

Quedaba sólo Orsini en pie, cuando Luys Gallardo resbaló en el charco de sangre que de la garganta de un *bravi* manaba…

Alzó Orsini con ímpetu su estilete y la aguda hoja descendió veloz hacia la nuca del trovador, que al perder el equilibrio, quedó por un instante sin guardia, inclinado y a merced del diestro jefe de *bravis* de la casa de Conrado Paolo Renzo.

Lanzando un grito, Alessandra Renzo volvió la espalda, corriendo con la energía postrera de la desesperación en dirección opuesta al lugar donde, bajo el impulso de su estiletazo mortal, Gubio Orsini caía al suelo sobre el cuerpo abatido del trovador.

Pero cesó en su carrera cuando al final de la alameda, junto al cadáver apuñalado por la espalda de Jérôme Vilain, un *bravi* que hasta entonces permaneció allí aguardando, le cerró el paso con torva mueca, blandiendo largo estilete sangrante.

Flaquearon las rodillas de Alessandra Renzo, que llevándose las dos manos al rostro, cayó desvanecida.

CAPÍTULO IV

CUATRO MANERAS DE ACOGER EMISARIOS

En el bosque Farnedo, Fredo, el segundón de los Hermanos Corsos, aguardaba con la mitad del núcleo que componía la asociación de bandoleros.

Cuando vio acercarse la rechoncha y maciza silueta del nuevo lugarteniente, presentado como temible por el propio Dago Corsi, avanzó con premura casi respetuosa.

Bembo, envalentonado, iba logrando vencer el temor que anidaba en su íntima personalidad verdadera.

Adoptó una actitud amenazadora, torciendo la boca y agruesando la voz:

—Atento a las órdenes de nuestro amo, Fredo elige los veinte mejores para que al instante, en cuatro grupos de a cinco, como emisarios, transmitan el mensaje de nuestro amo a Malfi, Novara, Ferrante y Fedele. Les da cita en el Lago de Venus, dándoles palabra de vida salva si se presentan antes de siete días. Si no acuden, los irá a buscar en sus madrigueras. Si lo desean, pueden acudir los cuatro juntos. ¿Te has enterado, truhán? Obedece prestamente. Aguardo… —terminó Bembo, cruzándose de brazos con majestuosidad—. Trae acá a los que elijas.

Marchóse Fredo… Entre la maleza, con adaptabilidad que hablaba de continua práctica, ocultábanse los Hermanos Corsos.

Oyó Bembo la voz de Fredo, que iba lanzando nombres. Poco después, ante el grupo de veinte bandidos, Fredo repitió cuanto acababa de decirle Bembo.

Uno a uno, los bandidos, sin comentarios, fueron enrollando alrededor de su antebrazo derecho un pañuelo blanco…

Bembo, creciéndose, gruñó, apoyados los puños en los riñones,

en avance jactancioso del torso:

—Partid, y, cumplida la misión de emisarios, id al Lago de Venus, que allá nos dirigimos todos. ¡Andando!

Gozaba ahora el piamontés de un embriagador complejo que nunca conoció: el de saberse temido y acatado, por delegación de mando.

El antiguo cocinero de salteadores de poca monta empezaba a encontrar muy agradable el ser mirado con respeto por aquella manada de lobos feroces.

Pero dando razón a la máxima que menciona las espinas de toda rosa, sintió Bembo un repentino escalofrío en el soleado día, cuando, al frente de los Hermanos Corsos, y en avance cauteloso de descenso hacia la Gruta de Anfítrite, un diabólico aguafiestas insinuó en su cerebro la más o menos remota posibilidad de que fuera descubierta la suplantación del verdadero Dago Corsi…

* * *

Battista Malfi y Vincenzo Fedele eran naturales de la misma aldea. De niños simpatizaron, identificándose en su afición a atormentar animales, apalear a los más débiles y sentir una profunda aversión a trabajar.

Ya de mayores, coincidieron en abandonar la aldea después de, respectivamente, dar muerte traicionera a un cobrador de impuestos y a un rico cosechero.

Formaron cuadrilla, y siguieron compitiendo en cordial rivalidad para conseguir destacarse. A veces, según lo requiriera la importancia de la fechoría que se disponían a cometer, solicitábanse mutuamente el apoyo de sus cuadrillas.

La ausencia de mesnadas genovesas y francesas que eran propicias víctimas cuando se extraviaban por el dédalo de montes y florestas corsas, obligaba a los dos jefes bandoleros a poner remedio a la forzosa encalmada planeando algún asalto, donde la riqueza del botín fuera proporcionalmente inversa al riesgo de la empresa.

Reunidos los dos, mientras sus respectivas cuadrillas fraternizaban temporalmente, acampando en uno de los picachos del Cavallo Morto, iban insinuándose posibilidades.

—La aldea de Mezzavia —arguyó Malfi—. Ellos, de día, están en los campos, y en las casas…

—Olvídalo —rebatió Fedele—. Ronda por Montemar el estandarte de «Faciatosta».

Un triple silbido espaciado hizo que los dos mirasen hacia la copa de un árbol. Desde el ramaje, un bandido, haciendo portavoz con las dos manos, gritó:

—¡Cinco por la barrancada! ¡Traen seña de emisarios!

Battista Malfi acariciose el barbudo rostro estólido.

—¿Emisarios?

Vincenzo Fedele silbó, y de árboles y malezas fueron surgiendo hombres.

—Escuchar a cinco emisarios nada nos cuesta, Battista —dijo, sentenciosamente—. ¡Id por ellos! —ordenó a sus hombres.

Battista Malfi tocó en el hombro a su paisano.

—¿Esperas mensaje de alguien?

—No. Pero me gusta salir pronto de dudas.

—Eres un impulsivo —dijo, cariñosamente, Malfi—. Pero no debes olvidar que también mando yo.

—Pregúntales a los emisarios. Yo callaré —accedió Vincenzo Fedele.

—Así está mejor —aprobó el otro.

Escoltados por una veintena de cuadrilleros armados, acercáronse los cinco Hermanos Corsos.

Destacóse uno, que cruzó las dos manos ante el pecho, al detenerse frente a Malfi y Fedele.

—Emisarios de Dago Corsi —anunció.

Y con empaque solemne recitó el mensaje de Luys Gallardo. Después de repetirlo otra vez a la petición de Battista Malfi, volvió a cruzar las dos manos, en señal de paz.

Battista Malfi tocó en el hombro a Vincenzo Fedele, y ambos apartáronse.

—Dago nos da cita a los cuatro mejores, Vincenzo. ¿Irás al Lago de Venus?

—Iré. Negarme a la invitación, es declarar guerra a Dago.

—Ir, es darle autoridad, Vincenzo.

—Harás lo que quieras. Yo iré.

Y Vincenzo Fedele regresó donde esperaban, los cinco emisarios.

—Transmite a tu jefe mi respuesta. Yo, Vincenzo Fedele, obedezco y acudiré al Lago de Venus.

El portavoz hizo una señal de asentimiento. Pero no se movió, hasta que Battista Malfi, apareciendo, dijo:

—Puedes irte, y dile a tu amo que yo, Battista Malfi, he tomado nota de su mensaje, y que, de no sucederme contratiempo, me presentaré en el Lago de Venus. Dejad marchar a estos hombres. Son emisarios de Dago Corsi.

Los que escoltaban envainaron sus armas y desaparecieron entre la espesa maleza circundante.

Los cinco emisarios alejáronse, y pronto perdiéronse de vista loma abajo.

Battista Malfi tocó en el hombro a su paisano.

—Si vas, Dago te ahogará en el lago.

—Sí quisiera hacerlo, no me hubiera enviado emisarios.

Acariciose Malfi la barba.

—Tienes razón, Vincenzo. ¿Para qué nos llamará, entonces?

—Lo sabremos en el Lago de Venus.

—¿Por qué no nos vamos al Norte?

—Norte o Sur, Este u Oeste, si no acudimos, Dago nos dará caza. Ahora, si lo quieres, separémonos.

Battista Malfi denegó.

—Tenemos siete días, Vincenzo. Eres impulsivo. Déjame pensar hasta la noche.

Por la noche, Battista Malfi reunióse de nuevo con su paisano, y le tocó en el hombro.

—¿Piensas ir solo al Lago de Venus?

—Dejaré a mis hombres a unas leguas.

—¿Por que, Vincenzo?

—Sí Dago quisiera darme muerte, de nada me servirían mis hombres. Y si con ellos voy, puede enojarse Dago.

—Tienes razón, Vincenzo. Iremos solos, los dos, juntos. ¿De acuerdo?

—Acepto.

* * *

Ascanio Novara tenía a mucho orgullo el haber sido años antes el mejor matarife de la ciudad de Bastia, pero su mayor timbre de gloria estaba en el hecho de que le consideraran «El Desollador de los Genoveses».

Tal título se lo ganó a raíz de su primera salida de los montes, al mando de unos sesenta escapados de galeras. Atravesaba un desfiladero un grupo de genoveses, compuesto por treinta hombres. Y horas más tarde, en la cima del desfiladero, colgando de los árboles, quedaron desollados los treinta genoveses, cuyos esqueletos adquirieron después, al ser vistos desde lejos, apariencia de espantapájaros…

Tal era el hombre que, ultimando sus forajidos el saqueo de una mísera aldea que, por haber dado pan y vino a genoveses que lo exigieron con armas dispuestas a entrar en funciones, tenía ahora pretexto para satisfacer sus instintos de desollador.

Su faz de gorila estulto adquirió cierto matiz semejante a miedo, cuando uno de sus forajidos vino a comunicarle que habían apresado a cinco hombres que se decían emisarios de Dago Corsi.

—¡Por las tripas de Belcebú! —vociferó Novara—. ¡Soltad a esos emisarios! ¡Acompañadlos libremente hasta aquí!

Actuando de segundo suyo, el comunicante manifestó:

—Los hemos amarrado por si no son emisarios de Dago Corsi y pretenden engaño.

—Bien hecho —aprobó, contradiciéndose, Novara—. ¡Tráemelos acá!

Los cinco emisarios soportaron estoicamente la horrorosa visión que ofrecía la aldea, que les fue mostrada por Ascanio Novara con el afán de causarles zozobra.

Y, súbitamente, aplicó su ancho cuchillo de matarife en el cuello de uno de los cinco Hermanos Corsos.

—¿Quién eres tú?

—Pietrosella; de Bastelica.

—¿Quién te manda?

—Dago Corsi.

—¡Mientes!

—Nadie se atreve a invocar falsamente el nombre del que es rey de las montañas.

Hablaba el enviado con serenidad. Tanto él como los otros emisarios sentíanse inviolables, protegidos desde lejos por su jefe, por su aureola de implacable vengador de ofensas que, hechas en sus enviados, consideraba como inferidas a él mismo.

El que actuaba a modo de segundo de «El Desollador», le dio un

codazo significativo.

—¿Y qué desea Dago? —inquirió Novara.

—Te cita al Lago de Venus antes de siete días, de los que han transcurrido dos en tu busca, Ascanio Novara. Tienes su palabra, de vida salva. Puedes acudir con Battista Malfi y Vincenzo Fedele, que han recibido idéntico mensaje.

—¿Y para qué quiere verme Dago?

—Él lo sabe, y él te lo dirá, Ascanio Novara. Si no compareces, Dago Corsi vendrá a buscarte.

—Iré —dijo apresuradamente «El Desollador»—. Y si os ataron, fue porque no estábamos seguros de que fuerais emisarios de Dago. Hasta la vista, y buen viaje de regreso.

Y Ascanio Novara anticipó las zalamerías que pensaba dedicar al Rey de las Montañas.

Después se desfogó con su segundo:

—¡Por las tripas de Lucifer! Eres un estúpido… ¿Atar a emisarios de Dago? ¡Imbécil! ¿Quieres que Dago me descuartice? ¿Para qué me llamará Dago? No puede estar enojado conmigo. Llevo desollados más de trescientos genoveses, un centenar y medio de franceses, y rebaso los ochenta corsos traidores. ¡Reúne a todos! Nos vamos a Ajaccio.

Filipo Ferrante lanzóse a combatir con exaltación juvenil contra los invasores, y con la misma exaltación se decepcionó, al comprobar que pocos eran los que luchaban limpiamente y por ideal.

Poseía tres años antes una gran casa de campo, que en el pueblo de Bastelica era casi considerada como morada del más conspicuo.

Los genoveses incendiaron la casa y exterminaron hasta el último familiar del que andaba de monte en monte, al frente de los jóvenes audaces que abandonaron la indefendible ciudad de Bastelica, para seguirle en su proyecto de hostigar en leales combates las fuerzas invasoras.

En un principio, Filipo Ferrante consideraba a Dago Corsi como un recio combatiente impulsado por un ideal. Después, las tropelías que contra los mismos corsos cometía el jefe de los Hermanos Corsos, llenaron de desencanto el alma del joven Ferrante.

Y desengañado, endurecido, misántropo, dejó que sus seguidores saquearan a mansalva, y en poco tiempo adquirieran renombre de

peligrosos bandidos para quienes el batallar era ya droga necesaria.

Como desafío a la isla entera, proclamó Filipo Ferrante que «Los Cincuenta de Bastelica» consideraban a la humanidad enemiga de todo ideal.

Y en particular, el joven Ferrante, por lo mismo que antaño veneró el nombre de Dago Corsi, declaró por doquier pasaba que se consideraba el enemigo personal y a muerde del que no era más que un Atila sin caballerosidad ni principios.

«Los Cincuenta de Bastelica» tenían un lema: «Extirpar la cobardía», y un prurito: idear venganzas con ribetes de poético salvajismo.

Eran en su mayoría muchachos entre quince y veinte años. El más viejo era Filipo Ferrante, con veintitrés años, lo cual, añadido a sus desilusiones, le hacía considerarse un hombre maduro.

—Cinco emisarios, Filipo —vino a anunciar su enlace.

Habiendo leído los *Comentarios de la Guerra de Galias, Las campañas de Anibal* y libros similares, Filipo Ferrante obligaba a los suyos a vivir permanentemente como gladiadores en batalla, siempre estratégicamente dispuestos.

—No quiero, y lo sabes, el menor contacto con la repulsiva humanidad —replicó Ferrante.

—Son emisarios de Dago Corsi —dijo, silabeando, el enlace.

Púsose en pie Ferrante. Alto, enjuto, pero atlético, curtido por la intemperie, plateadas las, sienes, característica que le llenaba de secreto orgullo, Filipo Ferrante era un buen mozo, y, aunque salvaje como la época exigía, poseía ciertos sentimientos buenos.

—¿Qué medida tomó la avanzadilla de servicio? —preguntó.

—Respeto al emisario. Los encuadran.

—Bien. Vamos allá.

«Los Cincuenta de Bastelica» acampaban en una abandonada aldea, en cuya casa más elevada tenía Ferrante su puesto de mando.

Descendió hasta el camino vecinal donde los cinco Hermanos Corsos permanecían vigilados por los diez jóvenes que componían el grupo de avanzadilla en centinela.

Maniático del código guerrero, Filipo Ferrante, con petulancia arrogante, dijo, a guisa, de saludo:

—Yo soy el capitán de las fuerzas acampadas. Mi nombre es Filipo Ferrante, y acaudillo «Los cincuenta de Bastelica». Decline el

que de vosotros tenga más grado, el motivo de su aproximación a fuerzas en estado de guerra.

—Dago Corsi te cita en el Lago de Venus, para antes de cinco días. Tienes palabra de vida salva. Puedes, si lo deseas, acudir en unión de Battista Malfi, Ascanio Novara y Vincenzo Fedele, que han sido también citados.

—¿Terminaste, emisario?

—Si antes de cinco días no compareces, Dago Corsi vendrá a buscarte, Filipo Ferrante.

—¿Terminaste, emisario?

—Nada más tengo que comunicarte.

—Ven conmigo —dijo, secamente, Ferrante.

Obedeció el emisario portavoz. Hizo Ferrante una señal, y los diez centinelas, con presteza, desarmaron a los cuatro acompañantes de aquél, que poseídos de la suficiencia de ser representantes de Dago Corsi, no estaban sobre aviso.

El portavoz saltó ágilmente, estoque en mano, dispuesto a abrirse paso en huida, pero, contundente y eficaz, el puño derecho de Filipo Ferrante se abatió entre las dos cejas del Hermano Corso.

—Amárralo —ordenó al enlace.

Poco después, en la casa que le servía de puesto de mando, Filipo Ferrante, mirando a los cinco emisarios ligados codo a codo por cuerdas, dictaminó:

—No sois emisarios, sino ratas que os atrevisteis a portar orden del cobarde Corsi. ¿Quién es Corsi para darme órdenes? Le reté a campo abierto, hombre contra hombre, y no ha aceptado. ¿Y qué tratamiento se les da a las ratas?

Miró Ferrante a uno de los jóvenes de Bastelica.

—Cinco sacos, y con esas ratas a lomos de mulo, llevadlos hasta la playa de la Gruta de Anfítrite. Allí cerraréis los sacos, después de introducir en ellos gatos monteses que por el camino cazaréis. Ésta es mi respuesta a Dago Corsi.

CAPÍTULO V

LA URDIMBRE MAQUIAVÉLICA

Gubio Orsini, al abatir su estilete, lanzó un rugido triunfal. La larga hoja acerada hincóse en el suelo y el jefe *bravi*, cayendo por su propio impulso sobre el que suponía su vencido, gimió ahora de lacerante dolor al sentir su clavícula crujir.

Luys Gallardo, al resbalar e inclinarse, ladeó el busto, y sus dos manos, soltando las armas, aferraron la muñeca armada de Gubio Orsini, y empleando el hombro como palanca, forzó al esbirro de Conrado Renzo a saltar por encima de él.

Bruscamente, levantóse Luys Gallardo, y, sin soltar la muñeca apresada, colocó su pie en el cuello de Orsini, y en doble presión atrajo hacia sí el omóplato, que se desencajó.

La aguda violencia del dolor privó del sentido a Gubio Orsini. Con las tirillas de cuero que acuchillaban su jubón, quedó atado…

Corrió el trovador hacia donde Alessandra había huido, y el *bravi*, que se disponía a recoger del suelo a la inanimada, retrocedió, tambaleándose, al recibir en pleno pecho el golpe de la diestra bota del español.

El *bravi* llevó el antebrazo hacia atrás, disponiéndose a lanzar su daga… Cayó de rodillas Gallando, y el acero silbante rasgó el aire por encima de su cabeza.

A la vez arrojó una de sus dagas ocultas bajo las mangas, y, poniéndose en pie, mientras su enemigo, en estertores mortales pugnaba por arrancarse del pecho el hincado acero, acercóse a Alessandra, recogiéndola y transportándola al mismo banco donde les había sorprendido la emboscada.

Más que nunca, semejaba ella una niña mujer, a quien los acontecimientos habían forzado a vivir en continua tiniebla.

Desprendió Gallardo su capa, que colocó a modo de escarlata almohada bajo la cabeza de la yacente. Arrodillóse junto a ella, para sentarse a usanza de los juglares que se disponen a cantar una balada al calor de la lumbre.

El laúd que, sujeto por bordados cordones, llevaba terciado a la espalda, tenía incrustaciones de plata, donde las cuerdas áureas brillaban tensas.

Lo aproximó al banco, y, con suave movimiento de dedos, el alma del artista arrancó armónicas gamas sonoras, inventando fantásticas volutas de ensueño.

Y a la vez, quedamente, con voz acariciante, fue diciendo:

—La brillante y apasionada existencia peligrosa que vivimos los errantes huérfanos de hogar, no te aportará espiritual goce, Sandra. Eres mujer, y, como tal, debes cumplir tu destino. Olvida rencores, que envenenan, perdona al que su castigo hallará, y vive tu existencia, sigue el camino para el que fuiste creada. Tu corazón alienta, y no debe mustiarse en el culto al recuerdo del hombre que fue tu primer amor… Aletean tus párpados, Sandra… Sigue reposando… Huyó el negro velo… Queda mi música vencedora… Un trovador a tus pies, protege tu reposo…

Cesó Gallardo de pulsar las cuerdas de su laúd de plata, y Sandra Renzo, ladeando la cabeza con abandono de fatiga corporal y de anhelo íntimo, murmuró:

—¿Quién eres tú, cuyas palabras me conmueven?

—Un hombre que sólo tiene un ideal: devolver a las ingenuas almas femeninas su candor. Y tú eres buena, Sandra… De lo contrario, no te hablaría fraternalmente…

—¿Orsini?

—También a tus plantas, contra su voluntad, polla mía.

—Temí… que te hubiese malherido.

—No han forjado aún el acero que pueda conmigo, y me anticipo a declararte que la modestia es cualidad de apocados.

—Nada tienes de apocado, trovador. Te debo mi vida… Pídeme la recompensa que más aprecies.

—Quiero que tus ojos vuelvan a sonreír.

—Murió mi amor.

—En cada primavera renacen las flores, Sandra.

Incorporóse ella, por repentina impulsión, mientras sus ojos

miraban con fijeza la parte izquierda del busto del trovador.

Las dagas bordadas en negro sobre el prieto jubón de cuero rojo, el cinto con las dagas a la espalda, el ceñido pantalón de malla de acero, el capuz negro…

—¡Dago Corsi! —exclamó ella, empavorecida—. ¡Te he visto luchar! Dijiste que…

—Aquí está un trovador, Sandra. Nada puedes temer. Adoro y entronizo a las que, como tú, necesitan protección contra ellas mismas. No tiembles, Sandra. Cierto que acudí para averiguar por qué razón esta madrugada enviaste a los *bravis* a prenderme, Confía en mí, Sandra. Mira en mi rostro, y dime si hay crueldad ni vileza…

Después de unos instantes, escondió ella el semblante entre las manos, musitando:

—Ignoro la razón que me hace confiar en ti… Tu voz es amable, y me siento confortada y segura a tu lado… Tú conoces mi triste historia. Vivo sólo para vengarme de Conrado…, y por ello accedí a servir los intereses de Génova. La Banca de San Jorge envió conmigo a Jérôme Vilain para hacerte… una oferta… si consientes en abstenerte de luchar contra ellos. Decidí hacerte apresar en el Lago de Venus, porque era el único medio de… convencerte.

—¿Cómo sabías que estaba Dago Corsi en el Lago de Venus?

—Un espía siguió a tu…, siguió a la hermosa Bárbara, y la oyó citar que se dirigía al Lago de Venus para reunirse contigo.

—Aclarado queda este punto. —Y, levantándose, Luys Gallardo acercóse al lugar donde Gubio Orsini gemía inconteniblemente, demudado el semblante bajo el dolor de su omóplato dislocado.

—¿Duele, Orsini? —inquirió el trovador.

—¡Remátame, perro, pero no te burles de un vencido! —exclamó, furioso, el jefe *bravi*.

Lo que siguió fue tan inesperado, que el propio Orsini tardó instantes en comprenderlo.

Luys Gallardo, inclinándose, asió por los hombros al caído, colocó su rodilla entre los omoplatos, y con recia torsión encajó el miembro dislocado.

Fue agudo el dolor, pero, ya en pie y con las muñecas atadas, Gubio Orsini cesó de gemir, y en sus negras pupilas había asombro.

—De las pocas cosas que admiro, una es saber insultar en tu postura, Orsini. Por eso yo que disloqué, curo. Ahora bien; de las

muchas cosas que me inspiran desprecio, la que más me repele es que se junten cinco asesinos para atacar a una mujer… ¡Avanza!

El empujón condujo a Orsini hasta cerca del banco. Sintió en su nuca una presión que le hizo doblar la cabeza.

—Orsini te saluda Sandra —dijo, risueño, el trovador—. Y está deseoso de explicarte con lujo de detalles qué se proponía hacer contigo si hubiese logrado su finalidad aparente, que era el raptarte. Habla, Orsini, que no me gusta dibujar arabescos a punta de daga en la espalda del que no actúa por propio impulso, sino al servicio de otro cerebro.

—Orsini no hablará —dijo ella, levantándose—. Me odia.

Inesperadamente, Gubio Orsini cayó de rodillas y su boca se aplastó contra la orla de la falda, ciñéndola a los rojos escarpines.

—No te odio, madona, Sandra, no te odio —dijo, vehemente, alzando el rostro sombrío.

—¿Pretenderás hacernos creer que venías a obsequiar con flores a madona Sandra? —preguntó Luys Gallardo.

—¡Tú mismo dices que estoy al servicio de otro cerebro! —exclamó Orsini, poniéndose en pie—. No te tengo miedo, trovador. Me has vencido, pero nadie me humilla a mí, Gubio Orsini.

—Arrogante actitud para quien acude con otros cuatro a asustar a una dama. Atiende, Gubio Orsini —y Luys Gallardo, con la daga, cortó las correíllas que aprisionaban los brazos del *bravi*— y modera tu lenguaje. Te he libertado porque no pego yo a un hombre amarrado. No merecías otra cosa que un corte en la garganta, pero mi ánimo está rendido a madona Sandra. Si afirmas que no la odias, explica lo que se proponía tu amo.

—He fracasado, y Conrado me entregará a sus verdugos.

—Curiosa mentalidad la vuestra, *bravi* del demonio. Tenéis quisquillosidades extrañas para gentuza que en la sombra apuñala.

—A nadie apuñalé en la sombra. Yo mando en asesinos, pero asesino no soy.

—Sofisma, Orsini. Pero vayamos a lo que interesa. Si no odias a madona Sandra, si ella me ordena que respete tu vida, si ella te deja libre de elegir entre ir al infierno con Conrado, o ayudarla a ella…, ¿podrá tu cerebro disponer?

La expresión con que Gubio Orsini había mirado a Alessandra Renzo, había sido elocuente para el trovador: aquel hombre amaba

a la mujer a la cual, por orden de quien servía, venía a raptar.

Alessandra Renzo quizá también intuyó el extraño dilema del *bravi*, porque casi con amabilidad, exigió:

—Abandona a Conrado, Orsini, sírveme con fidelidad, y te prometo que no te habrás de arrepentir.

—Conocerás mejor que yo el espíritu de los *bravis* —intervino Luys Gallardo—. Pero no debes confiar en este hombre…

—¡Puede confiar! —Y de nuevo arrojándose de rodillas, asió Orsini el borde de la falda de Alessandra, y con natural teatralidad, exclamó—: ¡No por mi vida en peligro, sino por tu perdón y confianza, juro servirte, madona Sandra!

—Levántate, Orsini. Estás a mi servicio. Dime lo que se proponía Conrado.

—¿Puedo hablar delante de este trovador, mi señora?

—Necia pregunta, Gubio Orsini —rebatió ella, secamente—. ¿No ha sido él quien me salvó contra tus *bravis*? Obedece mi orden.

—Juro que no he de volver a desobedecerte, mi señora. Tu hermano Conrado ha urdido la más despreciable conspiración, muy ingeniosa. Era mi obligación llevaros a ti y al enviado genovés que en su huida cobarde halló la muerte, al Lago de Venus, y allí aguardar la llegada de «Faciatosta» y…

Cuando terminó Gubio Orsini la exposición del plan de Conrado Renzo, trémulos los labios, exclamó Alessandra:

—¡Nunca creí que Conrado llegase a tales abismos de maldad! Pobre Ugo… Tan leal y noble carácter no podrá imaginar que la envidia de su propio hermano le atrae al Lago de Venus para no sólo inferirle las peores penas, sino escarnecerle…

—Olvidas que aquí estoy yo, Sandra —dijo, risueño, Luys Gallardo—. Tengo tu promesa, de que si cesa el motivo de tu venganza, buscarás la primavera de un nuevo amor. A cambio de ello, tienes mi palabra de que «Faciatosta» no sufrirá ni en su amor de hermano, ni de hombre. Ignoraba que «Faciatosta» adoraba a madona Altiera de Montemar… Será para mí un gozoso romance devolver la paz a la Casa Renzo. Atiende, Gubio Orsini: no has fracasado. Llevarás prisionera al Lago de Venus a tu nueva dueña. Y podrás elegir entre cuatro malencarados, los que más se parezcan a los *bravis* que he tenido el placer de enviar al infierno. Por el instante, recoge el cadáver del francés.

—No estoy a tus órdenes, trovador —engallóse el esbirro—. Obedeceré tan sólo a madona Sandra.

—Obedece a cuanto te ordene mi salvador, Orsini —recriminó Sandra—. El que crees un trovador entrometido… ¡es Dago Corsi!

Una repentina transformación operóse en Gubio Orsini. Retrocedió, y llevándose la diestra al pecho, inclinóse.

—Tu servidor, Dago. Manda y ordena.

Señaló Gallardo hacia donde yacía Jérôme Vilain. Marchóse apresuradamente Orsini.

—Acepta un consejo, Sandra. No fíes en este *bravi.*

—Ahora me sirve… Después, cuando gracias a ti, logre vengarme de Conrado, ahora más que nunca por haberse atrevido a planear una horrible muerte para Ugo… me retiraré. He decidido que el día en que quedase vengado mi esposo, ingresaría en un convento.

—Esta noche tendrá la última palabra «Faciatosta» en el Lago de Venus.

Capítulo VI

DOS INVITACIONES

Conrado Paolo Renzo, enrojecidos los pómulos a efectos del cordial que acababa de ingerir, miró detenidamente a los dos individuos que en su habitación eran observados por los demás *bravis* de la personal escolta del maligno enfermo.

—Si queréis hacer méritos para entrar a mi servicio, os concedo a los dos una oportunidad única —dijo Conrado, mientras masticaba con mohines de deleite unas fresas que iba escogiendo de una copa de oro, ricamente cincelada.

Los dos convocados parecían estar fascinados por los untuosos movimientos de los blandos dedos profusamente enjoyados con gemas enormes, engarzadas en monturas de maciza orfebrería.

Habitualmente provocativos con los humildes o con los destinados a ser víctimas suyas, los dos *bravis* daban ahora muestras de un respetuoso comedimiento, y sus flexibles talles apercibíanse a serviles reverencias.

—Iréis al castillo de Montemar —expuso Conrado, incisivamente, y sus mordientes palabras ofrecían más precisión en contraste con sus almibarados ademanes— y uno de vosotros entregará a Ugo Paolo Renzo este mensaje, indicando que es urgentísimo. El mensaje será entregado a la caída del crepúsculo. Cuando veáis que Ugo Paolo parte del castillo, entonces será entregado este otro mensaje a la condesa Altiera de Montemar, a la que serviréis de guía, conduciéndola al Lago de Venus.

Ondeó Conrado la mano, con gesto grácil.

—En el Lago de Venus, lo que sea de la condesa, dependerá de mis órdenes. Hasta entonces escoltadla con el máximo respeto. Podéis marcharos

* * *

Ugo Paolo Renzo sentía en su íntimo ser una hiriente quemazón mientras escuchaba el entusiasmo con que Altiera hablaba de los nuevos acontecimientos.

—… Y no os quepa la menor duda, messer Renzo, que la alianza con Dago Corsi supone para Córcega un gran beneficio. Logrará agrupar a los demás rebeldes, y en conjunto formarán una fuerza que dominando los recursos de los avezados a batallar en el monte, batirá a los invasores, que es lo que constituye todo nuestro deseo.

—No obstante, madona Altiera, no debemos echar en olvido que si bien por amor a nuestra patria, estamos dispuestos a todos los sacrificios, no por eso Dago Corsi deja de ser un ente abyecto, que se enorgullece de su desmedida crueldad.

La sonrisa divertida de la siempre seria condesa, extrañó hasta al propio Giovan Fierro, que asistía a la entrevista. Con aquella conversación, celebrada en la hora que precede al crepúsculo, Ugo Paolo Renzo disponíase a abandonar el castillo, para ocupar con su estandarte el castillo del Duino.

Dispuesta Altiera a permanecer fiel a su solemne juramento, no podía citar la suplantación. Arguyo capciosamente:

—Os afirmo, messer Renzo, que Dago Corsi se ha transformado, y juntos los dos, vos en el Duino y yo aquí, sabremos defender nuestro suelo contra todo ataque.

Despidióse «Faciatosta» y mientras en el patio de armas se disponía a ensillar su caballo, tomó por testigo a su amigo.

—¿Qué diabólica magia habrá usado Corsi para lograr que madona Altiera haya experimentado tal transformación? Lo que primero parecíale repulsivo, es ahora para ella motivo de alegría.

—Al fin y al cabo, madona Altiera es mujer, y su triunfo sobre el bandido halaga su orgullo.

Hizo Renzo un gesto apesadumbrado, y montando después de estrechar ambas manos del capitán, comentó:

—Somos ahora vecinos, Giovan. Venidme a ver con frecuencia. Necesito el bálsamo de una buena amistad.

Abriéronse los puentes levadizos, y el condotiero, al frente de su estandarte, partió del castillo.

Giovan Fierro quedóse sacudiendo la cabeza, lamentando la íntima tragedia del hombre que enamorado, debía sufrir el

indecible dolor de ver que un sanguinario bandido habíase ganado la confianza de la mujer a la cual él amaba.

Irguióse en firme actitud, cuando junto a él, Altiera manifestó:

—Os necesito, Giovan, para una misión de gran importancia.

—Sabéis, madona, que en cuerpo y alma soy vuestro fiel servidor.

—Es referente a un extraño prisionero, sobre el cual no quiero la menor pregunta, y necesito vuestro juramento de que nada haréis para averiguar su personalidad.

Limitóse Giovan Fierro a trazar sobre sus labios una cruz con el pulgar.

—En una cueva del bosque de Farnedo tengo recluido al hombre que conmigo iréis a buscar. Sois fuerte, y podréis cargarlo sobre vuestro hombro. Salgamos.

Caían ya las primeras sombras de la noche.

Hizo Ugo Paolo Renzo un alto en su marcha hacia el Duino, porque uno de sus soldados acababa de aproximarse al galope, anunciando que un mensajero urgente deseaba entregar un pliego cuyo contenido era de vida o muerte.

Alumbrado por una antorcha, leyó «Faciatosta»:

«Mi respetado y querido hermano Ugo:

»Eres el mayor de los Renzo, te debo acatamiento que con todo corazón te profeso, por ser tú el noble patricio que encumbrado has el nombre familiar.

»Tú eres un corso leal y considerado como el que puede ser príncipe de nuestra patria, por abolengo y prestigio.

»Esta noche en el Lago de Venus, donde las quietas aguas sirvieron de tumba a los espíritus de traidores, he de dictar justicia contra un ensañado enemigo de nuestra patria.

»Alessandra, baldón y oprobio de nuestro nombre está en mi poder, así como el enviado genovés con el cual vino para conspirar y preparar el arribo de fuerzas invasoras.

»Por ser tú el mayor, y deberte acatamiento, aguardaré hasta la medianoche tu llegada. Si pasado este tiempo tus deberes te impiden venir, o prefieres sea yo quien ejecute a la traidora, habré de todos modos cumplido con mi obligación de patriota.

»Queda tu servidor, tu hermano,

»Conrado Paolo Renzo».

El soldado que mantenía la antorcha percibió el temblor de manos del condotiero, que nunca temblaba en los más sañudos combates.

El velo que cubría la faz de Ugo Paolo Renzo, impedía advertir la contracción penosa de sus rasgos quemados.

—Al que portó el mensaje, decidle que daré personal respuesta. Y vos, tomad a vuestro cargo la misión de instalar el estandarte en el Duino.

El estandarte alejóse hacia el semiderruído castillo, mientras Ugo Paolo volviendo grupas, partía al galope hacia el litoral.

Un fiero combate trabábase en el alma del condotiero: su amor fraternal y su deber de patriota, para quien Córcega debía anteponerse a todo sentimiento privado

* * *

—Ésta es la cueva, Giovan —indicó Altiera.

Sin replicar, deslizóse el capitán. En el interior brillaba aún el rescoldo del brasero encendido por Bembo.

A su vacilante luz, apercibió Fierro la masa confusa de un ser humano sentado y sólidamente aprisionado. Tenía la cabeza cubierta por una tela a modo de capucha que sólo presentaba un diminuto orificio en el centro para permitir respirar al así cubierto.

No sentía Giovan Fierro la menor curiosidad. Tenía orden de ignorar lo que veía, y así estaba dispuesto a ser un ciego instrumento.

Palpó primeramente los músculos del prisionero, y comprobando que se hallaba ante un hombre de fuerza extraordinaria, actuó con prudencia. Sólo cuando, con hábil vuelta de cuerdas, mantuvo sujetas las muñecas del encapuchado a su espalda, y reunidas con los tobillos, aunó sobre sus anchos hombros al que bajo la capucha tenía los labios silenciados por ruda mordaza.

Durante el camino de regreso, Altiera contemplaba de vez en cuando con repulsión el fardo que a hombros llevaba su fiel capitán, y a éste con afecto.

—Recio sois, Giovan —dijo, sabiendo que el sincero cumplido halagaría al robusto hombre de armas.

—Una vez, madona, vuestro padre me hizo transportar una bombarda a hombros, por divertirse, y nos reímos mucho, porque lo conseguí. Naturalmente —añadió presuroso— yo me reí con todo respeto, autorizado por vuestro padre.

—Hoy estoy muy contenta, Giovan.

—Me hace feliz vuestra alegría, madona —jadeó levemente el capitán, empezando a sentir el peso de Dago Corsi.

—Y si nunca os lo dije antes, Giovan, sabedlo ahora: sois para la casa Montemar el más preciado servidor. Pocos linajes pueden enorgullecerse de contar a su servicio quien como vos, es incapaz de traición. Sabed que muchas vidas dependen, y entre ellas la mía propia, de que sea conservado en secreto la personalidad de este prisionero. Por eso, os pido que entrando en el castillo por la poterna oeste, lo llevéis a la Fosa del Olvido.

Asintió con lenta cabezada el capitán Fierro. Uno de los tenebrosos aposentos de los castillos italianos de la época, recibía el poético nombre de Fosa del Olvido.

En sus más o menos numerosas mazmorras, recluíanse solitarios prisioneros, destinados a nunca más ver la luz del día.

La voz de Giovan Fierro fue reconocida por el centinela de turno en la poterna, oeste, que se apresuró a descorrer los pesados cerrojos y las atravesadas vigas que, empotradas horizontalmente, servían de refuerzo a la puerta de hierro.

Tras los pasos de Altiera, jadeando progresivamente, siguió el capitán, que acogió con agrado el frío relente del pasadizo que conducía a los fosos subterráneos.

Lóbregos, húmedos, salitrosos, los muros desprendían mohoso olor. Los carceleros saludaban profundamente al paso de la dueña y señora de Montemar.

Cuando ella torció uno de los corredores, para descender las últimas escaleras que conducían a la Fosa del Olvido, compuesta por seis hoyos, enrejados por la parte alta, el ocioso carcelero encargado del mantenimiento de aquel lugar, abrió una de las rejas a la señal de Altiera.

Descendió ella, cuando el carcelero hubo encendido una linterna.

Era un compartimiento de tres metros cuadrados. Al pie de las escaleras, un banco de piedra, mostraba grilletes tallados en la

misma piedra, y encima del montón de húmeda paja, colgaban cadenas.

—Capitán, sujetad a este prisionero en la forma adecuada.

Mientras obedecía Fierro, Altiera miró al carcelero:

—Vete a la sala de trebejos, y trae inmediatamente un casco de espaldera.

Subió las escaleras el carcelero, dejando colgante la linterna. Giovan Fierro iba cumpliendo la orden recibida, y Dago Corsi, encapuchado, no tardó mucho en quedar sujeto por los pies a los grilletes, y por los brazos a las cadenas.

—Gracias, Giovan. Cuando regrese el carcelero, id con él al extremo de la galería. Debo hablar con el prisionero antes de cubrir para siempre su rostro, y no quiero ser oída.

Peco después, el carcelero depositaba en el banco de piedra junto al encapuchado, un extraño instrumento.

—Te sustituirá aquí Grangiano —dijo Altiera.

Grangiano era el carcelero sordo.

—Vos, capitán, id donde os dije, y haced comprender a Grangiano, que a este prisionero sólo él podrá visitarlo, una vez cada dos días, para depositar en el banco viandas y agua.

Marcháronse los dos hombres, y al cabo de un largo instante, Altiera de Montemar arrancó la tela que cubría el rostro de Dago Corsi.

Los negros ojos del bandido inhumano, tenían un reflejo estremecedor. Tuvo Altiera que esforzarse para conseguir quitar la mordaza que rodeaba boca y nuca del bandido.

—Sentencia ha sido dictada contra ti, Dago Corsi —dijo ella, con solemne entonación——. Fiera eres que no merece vivir con los seres humanos. Aquí permanecerás hasta que Aquel que ha de juzgarte definitivamente, te envíe la muerte.

Dago Corsi, expertamente encadenado por el capitán, tanteó la solidez de sus ligaduras. Comprobó que nunca, por su solo esfuerzo, podría liberarse.

Su voz, se hizo, cálida, casi acariciante…

—Me condenas a muerte de cruel agonía, Altiera. Ni contra ti ni contra tu castillo nada hice.

Altiera cogió entre sus manos el casco de extraña contextura. Tenía por base unas espalderas de hierro, con abrazaderas

rematadas en sendos candados.

Tal vez la manera de hablar del bandido, casi afectuosa, hizo que ella obrase con rapidez. Colocó sobre los hombros del preso las espalderas y bajo el ancho casco cuya faz no era más que una plancha de hierro agujereada para poder respirar, desapareció la cara de Dago Corsi.

Sujetó ella las abrazaderas, y aseguró con la única llave los dos candados.

El cónico casco tenía una ranura, por la que podían ser llevados a la boca los alimentos y el gollete del cántaro.

Trasladó Altiera a otro clavo las cadenas que sujetaban las muñecas del prisionero, para que sus brazos tuvieran el preciso movimiento con qué poder coger comida y bebida.

—Tu nombre irá limpiándose de vilezas, Dago Corsi, porque un noble corazón te sustituye. Que Dios se apiade de ti.

Salió ella del reducido foso. Pisaba el último peldaño, cuando se detuvo escalofriada…

De la garganta de Dago Corsi acababa de brotar el prolongado alarido que si servía para reunir a sus hombres, tenía ahora resonancias de fiera sedienta de sangre.

El casco ahogaba el estridente alarido, pero lo percibió Altiera. Y sintióse confortada con la idea de que en la Fosa del Olvido, había terminado la carrera de crímenes de Dago Corsi.

Grangiano, el carcelero sordo, quedó al cuidado de la húmeda fosa, y poco después Altiera aspiraba con deleite el fresco céfiro nocturno del patio interior.

Subía hacia sus habitaciones, cuando Giovan Fierro se aproximó portando un pliego.

—Mensaje urgente, madona, que acaban de entregar dos hombres venidos de Ajaccio.

Pensando en Luys Gallardo, rompió Altiera con impaciencia los lacres de la cinta que enrollaba el pergamino.

Tuvo que leer por dos veces, antes de comprender el significado exacto de las líneas escrita con tinta verde y alardes de pendolista.

«Madona Altiera de Montemar:

»Yo, Conrado Paolo Renzo, suplico venia para besar vuestras manos, y rogaros que a la medianoche en punto, tengáis a bien

personaros en el Lago de Venus, aceptando la escolta de dos bravos servidores que os entregarán este mensaje.

»La vida de mi dilecto hermano Ugo, está en grave peligro. Pende de un tenue hilo. Vos solamente podéis salvar la existencia del que para Córcega es su más preclaro servidor. Nada puedo yo hacer, y por eso, con el alma en vilo y destrozado el corazón, os requiero en nombre de nuestra bienamada patria para que acudáis.

»El noble Ugo ha caído en celada, y sólo recobrará vida y libertad, si personalmente acudís a la medianoche, al Lago de Venus.

»Pendiente de vuestra decisión, os reitera venia para besar vuestras manos,

»Conrado Paolo Renzo».

Altiera de Montemar entregó el pergamino a Giovan Fierro.

—Leed, Giovan, y aconsejadme.

Tardó mucho en contestar después de leer:

—Dejad que en vuestro nombre acuda yo, madona.

—Messer Conrado especifica que sólo yo personalmente…

—Permitidme entonces que os acompañe, madona. Quienes sean los que hayan aprisionado a «Faciatosta», no pueden oponerse que vos acudáis escoltada por vuestro capitán.

Decidióse ella, al recordar que Luys Gallardo había escogido la Gruta de Anfitrite como cuartel general.

Limitóse a comentar:

—Nunca aprecié a Conrado Paolo Renzo. Lo juzgo un genio malévolo, ¿y vos, Giovan?

—Sólo juzgo a los hombres por sus actos, madona. Y hasta hoy, messer Conrado, nada hizo que empañe el linaje de los Renzo. ¿Despido a los dos *bravis* que han traído el mensaje?

—No. Dadles de cenar y pongámonos en camino.

CAPÍTULO VII

CUARTEL GENERAL

En las afueras de la ciudad de Ajaccio, en recoso paraje poco frecuentado por la gente de bien, porque era frecuente tumba de galanes imprudentes, infieles Evas y de cuantos sucumbían a traidoras citas que no tenían más fin que desembarazarse de molestos rivales de amores, politiqueos y ambiciones, escalonábanse en encaje de roquiza contextura, los peñascos bajo los cuales dormían las quietas aguas de la maravillosa gruta de Anfitrite.

En el centro de la grandiosa gruta se remansaba en plácido azul denso el agua cristalina de una laguna, llamada por los naturales, Espejo de Venus.

Todo a su alrededor y a modo de engarce extendíase el rosáceo mármol que a trechos, por capricho de la Naturaleza, formaba bancos que habían sido testigos de incipientes escenas de amor, donde los suspiros de los que se creían galanes afortunados o cortejadas por altos personajes, truncaban sus, arrullos en gemido de agonía, al ser alcanzados alevosamente por acero asesino de *bravis* a sueldo.

Las columnas de extraños contornos que formaban las estalactitas, anchas en la bóveda y casi transparentes en su reunión con las estalagmitas, semejaban cuencas vacías de gigantescos ojos de titán.

El color del mármol concedía reflejo de tenue luminosidad al Espejo de Venus, pero el silencio impresionante impedía el éxtasis de cualquier caminante que por allá se extraviara, que sobrecogido por la sensación de algo indefinible y sobrenatural ante aquella maravilla de la Naturaleza, buscaría pronta, salida.

El quieto lago reflejaba ahora la imagen deambulante de un

hombre, que erguido y retador, alzada la capa por la punta del estoque, enhiestos los mostachos, paseaba por el mismo lugar donde, recientemente, había trabado conocimiento con el que creía Dago Corsi.

Como enviado especial del poderoso pirata Abdul Hamez, el llamado Rasuni disfrutaba del privilegio de ser considerado un ser aparte, que sólo con el jefe bandolero tenía trato.

La cuadrilla, dividida en dos grupos a ambas entradas de la gruta, adoptaba la habitual forma de acampar. Permanecían ocultos, y dominaban el arte de conversar en susurros.

En el rellano de acceso al lago, un hombre tendíase panza arriba, tomando por almohada sus manos entrecruzadas bajo la nuca. Bembo sentíase fatigado…

Y también quizá fatigado en sus solitarios paseos acercósele Rasuni, el cual, advertido por Luys Gallardo del supuesto carácter belicoso del macizo piamontés, habló con comedida entonación:

—Paraje es éste que embriaga el alma en dulces anhelos, aunque mal esté el reconocerlo. ¿Sabes si habrá de tardar mucho tu amo en regresar?

Bembo pensó unos instantes, hasta que en su mente, se forjó la respuesta que juzgó digna de su personalidad.

—Tardará lo que le de la real gana.

Delfín Lechuga, era poco propicio a soportar desplantes. Pero su misión era delicada, y no quería verse objeto de la ira de Abdul Hamez o de Dago Corsi.

Sus ojos de glauco color felino, contemplaron divertidos al grueso escudero del trovador.

—De acuerdo, Bembo «Camorra». No quiero importunarte más en tu siesta. Trataré de buscar quien aprecie mi talento de conversador ameno.

Por entre las columnas, agrupábanse los bandoleros. Resaltaba aún más lo sombrío de sus rostros, al tenue resplandor de los mármoles.

En la natural concavidad de un recodo, sirviéndose de una linterna y empleando por mesa la caja donde reunía sus hierbas, Piero Bassano escribía con afán.

Cumplía el encargo de pergeñar la biografía de Dago Corsi, y al ver detenerse al enviado del turco pirata, forzó una sonrisa que

crispó su magro rostro maligno.

—Vuestra, tarea actual, micer Piero, puede ser el principio del paso a la posteridad. Todos los grandes señores se rodean de poetas y escritores, que ensalzan sus vidas. Y a fuer de entendedor, que prolífica en bellos incidentes ha de ser la existencia, de Dago Corsi.

—Cierto que sí, señor. Y es tarea que tengo que terminar para mañana noche. No toméis a mal mis palabras… Realmente, hasta el escultor Michel Angelo dicen que reposa, tomándose tregua en su artística labor monumental. Vos parecéis hombre de cultura, señor Rasuni. Y siempre es grato para un espíritu cultivado como el mío, conversar con igual.

—Creo que es placentero para el artista, tener testigo de su alumbramiento. Permitidme juzgar de vuestro estilo. Os suplico me leáis algunas líneas que ensalcen un heroico hecho de vuestro amo.

Halagado en su vanidad, Piero Bassano revisó algunas de las hojas escritas, y eligió lo que por ser de todos conocido, no suponía revelación que pudiera hacerle incurrir en el enojo de Dago Corsi.

—Con parquedad, que breve ha de ser el narrador para no incurrir en prolijidad farragosa, relato la titánica lucha que… Pero ya que tenéis a bien querer juzgar mi estilo, os lo leeré. —Y el astrólogo, engoló la voz, para declamar—: «El lance de los perros rabiosos» —e hizo una pausa, para continuar—: «Estábamos entonces atravesando el páramo de Poggiolo, y Dago Corsi a solas, internábase en el principio de la floresta que rodea la aldea de Guagno, cuando surgieron ladrando con furor unas fieras, que se nos antojaron desde lejos zorras perseguidas. Pero el color amarillento de sus pelajes y la largura de sus patas posteriores, nos hicieron comprender que se trataba de perros salvajes, de los que abundan por los páramos. Fue de admirar la prontitud con que Dago Corsi, valiéndose de sus infalibles dagas, derribaba a los más acometedores canes. No pudo evitar que uno de ellos, lanzándose contra él, le derribase, hincando sus dientes en el flanco de nuestro jefe. Llegamos tardíamente, porgue las dagas de nuestro amo, habían dado cuenta de los canes. No obstante, el flanco de Dago Corsi sangraba abundantemente, y tuve el honor de curarle, y mientras mi enrojecido puñal candente cauterizaba las mordeduras, recuerdo el bravo humor con que Dago Corsi comentó que “los perros adivinaron que el lobo venía”. Desde entonces, una marca

especial surca el flanco de nuestro jefe: en su costado izquierdo, dos pulgadas encima del hueso de la cadera, ostenta la huella requemada de los colmillos, una señal que nada podrá borrar, proclamando el valor sin igual del que Córcega reconoce como su mejor paladín».

Modestamente, esperó Piero Bassano los comentarios.

—Acertada descripción, misser Piero. Breve, y parco en el elogio. Sois un panegirista de primer orden…

Aumentado por el eco sonoro de las altísimas bóvedas, elevóse en el espacio el peculiar alarido contraseña.

Luys Gallardo encontrábase en la orilla izquierda del lago, y despertado bruscamente de su modorra, Bembo vio cómo todos los componentes de la cuadrilla iban acudiendo a todo correr hasta agruparse en las dos márgenes del Espejo de Venus.

Delfín Lechuga y el piamontés, obedecieron la intimación que acababa de lanzar el trovador:

—Diestro y siniestro, libres para mi propio uso ¡Preséntense Rasuni y Bembo «Camorra»! Los demás atentos en las dos márgenes de entrada.

El español y el piamontés avanzaron por la orilla diestra, y se mantuvieron a espaldas de Luys Gallardo.

La postura adoptada por el trovador, era fiel copia de la que ostentaba Dago Corsi, cuando grandilocuente hablaba a sus bandidos.

Apoyaba las manos en los riñones, enarcados los codos, saliente el busto, y endurecido el semblante.

—Éste es mi cuartel general. Lo que ahora os expondré con la lengua, lo ratificaré con la daga. Mis ojos no habrán de ver nunca a ninguno de vosotros, que no sea especialmente llamado. Este Lago de Venus permanecerá libre, y quienquiera que penetre hasta acá, lo hará con la misma libertad que antaño. Saldrá… si no me opongo. La gruta seguirá apareciendo desierta. Abundan los recovecos, donde os podéis esconder. Nada de cuanto aquí pase os interesa, de no ser llamados por mí. ¡Y ay del que torpe se haga visible! No lo será nunca más. ¡Bembo! En la entrada sur, esperan una dama y un *bravi*. Acompáñalos hasta aquí. ¡Andando! Vosotros, todos, quedaos donde estáis.

La voz del trovador adquiría resonancias profundas, mientras las

quietas aguas reflejaban las imágenes de los bandidos apiñados en las márgenes de entrada.

Volvióse Luys Gallardo.

—En cuanto a ti, Rasuni, una vez hayas juzgado de mi poder, me urge que me prepares entrevista con Abdul Hamez. Mientras, te consiento seas mi sombra. Poco tardarás en presenciar que en Ajaccio y por doquier de la tierra corsa, yo soy el que hace y deshace.

Precedidos por Bembo. Gubio Orsini y Alessandra Renzo penetraron en la plataforma que a la diestra del lago, tenía por únicos ocupantes a Luys Gallardo y al enviado de Abdul Hamez.

Impresionaba el silencio huraño con que la cuadrilla, dividida en dos grupos, manteníase apiñada en las márgenes, por una de las cuales y en el estrecho espacio libre, avanzaron ahora Alessandra y el *bravi*.

—Elige, Orsini —indicó Gallardo, ondeando la mano hacia los bandidos.

El esbirro que hasta entonces había sido el brazo derecho de Conrado Paolo Renzo, recorrió las dos márgenes ocupadas por los componentes de la cuadrilla.

Se detuvo cuatro veces, diciendo, antes de tocar un hombro.

—Por tu orden, y a tu orden, Dago Corsi, elijo a éste.

—¡Los cuatro elegidos por Gubio Orsini, venid acá! ¡Andando! ¡Los demás no apareceréis si no os llamo! ¡Y entonces, vuestro sitio de presencia será el mismo que ahora ocupáis! ¡Y ay del que no sepa esconderse como topo! ¡Mi daga le advertirá definitivamente! ¡Andando!

En un instante quedaron libres las dos márgenes. Tan sólo los cuatro bandidos avanzaron tras Gubio Orsini hasta el sitio donde, junto a Alessandra Renzo, Luys Gallardo con Bembo y Rasuni a sus espaldas, manifestó:

—Vosotros cuatro obedeceréis cuanto diga Gubio Orsini, que no hace más que obedecer lo que yo le mando. Y recuerda, Sandra, que todo esto es preciso, porque ver es creer, y «Faciatosta» necesita ver. ¡Bembo y Rasuni! ¡Escoged sitio desde donde veamos sin ser vistos lo que aquí sucederá! ¡Andando!

Gubio Orsini, a solas en la plataforma de rosáceo mármol, a tres pasos del lago, inclinóse ante Alessandra.

—Con tu consentimiento, madona Sandra. Está ya cercano el momento en que Conrado vendrá a comprobar que su orden ha sido cumplida.

Agazapados en la obscuridad de un entrante, Luys Gallardo, su escudero y el enviado de Abdul Hamez, distinguían claramente el lugar donde Gubio Orsini, con gestos respetuosos y valiéndose de telas sedosas, ataba a Alessandra Renzo contra una columna, tras la que los cuatro bandidos elegidos por su aproximado parecido con los *bravis* empleados en el fallido rapto, valíanse de la penumbra para aumentar la semejanza.

Gubio Orsini, al terminar de atar a Alessandra, colocóse indolentemente a un costado de la columna.

Era la perfecta imagen del *bravi* indiferente…

CAPÍTULO VIII

«VER ES CREER».

Nueve sombras avanzaban en especial formación por la playa, hacia la Gruta de Anfitrite.

Cuatro iniciaban la marcha, y otras cuatro cerraban la pequeña comitiva, dejando entre ellas espacio para el que embozado en los vuelos de un amplio abrigo de pieles, andaba presuroso.

Conrado Paolo Renzo, escoltado por sus ocho *bravis*, dirigíase con febril refocilamiento anticipado hacia el Lago de Venus, donde no dudaba que siguiendo sus órdenes, el experto Gubio Orsini y los cuatro esbirros, tendrían presa y a su disposición a su odiada hermana.

Había leído «El Príncipe» del florentino Niccolo Machiavelli, y estimaba muy acertada la filosofía del que aconsejaba valerse de la nobleza de los honestos, para triunfar.

No sólo iba a vengarse de Alessandra, sino que humillando para siempre al que envidiaba su prestigio, obtendría también una promesa que le uniría a la casa de Montemar, dándole una alianza de fuerzas, que le permitirían ser considerado como posible Gran Maestre de Ajaccio.

Y bajo las pieles con que se protegía, por su friolero y enfermizo temple, Conrado Renzo sonrió aviesamente. La lealtad de Ugo y la nobleza de Altiera de Montemar, eran los dos factores con los que, en una sola noche, ultimaría su bien preparada venganza contra Alessandra y su humillación a «Faciatosta», obteniendo a la par un ventajoso enlace.

Chasqueó los enjoyados dedos, y los ocho esbirros se detuvieron, apercibidas las desnudas armas.

—Ya conocéis el Lago de Venus. Cuando me reúna con mi fiel

Orsini, cuatro de vosotros en cada margen de entrada. Si algún importuno rondador pretendiera acudir, matadle sin ruido. Ninguna discordancia debe turbar mi bellísimo engaño, al que han de acudir «Faciatosta» y la condesa de Montemar.

La advertencia del suplantador del feroz Corsi, había suplido efectos. Los ocho *bravis* avanzaron con toda cautela por los sombríos laberintos de la grandiosa gruta, escoltando entre ellos a Conrado, sin tener el menor presentimiento de que allá anidaba la manada de forajidos de los Hermanos Corsos.

En la margen elevada, divisó Conrado la columna contra la que indolentemente se reclinaba Orsini y donde aparecía atada su hermana.

—A vuestros sitio, y recordad que sólo tienen acceso la condesa de Montemar con su escolta y «Faciatosta».

Mientras los ocho esbirros, divididos en dos grupos, pasaban a ocupar el sitio señalado, Conrado, con paso deliberadamente lento, se aproximó a la columna; su hermana, mantenía los párpados caídos para tratar de ocultar su íntimo placer al saber que el que creía ser araña hiladora de malvada tela, iba a sucumbir en sus propias maldades.

Gubio Orsini, a usanza de los *bravis* a servicio, saludó llevándose la diestra al pecho.

—Cumplida vuestra orden, mi señor.

—Que tus satélites retrocedan más en la sombra, Orsini. La belleza de este momento requiere más soledad.

Bajó Conrado el alto cuello de pieles y su huidiza frente bajo el gorro forrado, su perfil agudo, sus delgados labios, mostraban a las claras el vehemente gozo que le invadía.

—Tus ojos rehuyen mirarme, mi linda hermana. Soy yo, ¿sabes? Yo, Conrado, el que hasta la medianoche tendrá la paciente sensatez que aconseja recrearse en la espera de la venganza.

—¿Qué mal te hice yo, como no fuera contestar a la guerra que me declaraste? —musitó ella, cerrando los ojos.

—Conversaremos luego, y ante el mejor juez, que se encontrará en atroz dilema, Sandra. «Faciatosta» te quiere mucho… tanto como te odio… Tendrá que escoger entre su ridículo sentimentalismo y su exigencia de patriota… ¡Gubio Orsini! ¿Dónde está el francés?

—Huyó, mi señor, y fue apuñalado.

—¡Torpe! —chilló, agudamente, Conrado.

—Traje el cadáver, mi señor. Tenía encima papeles interesantes… —Y mientras hablaba, pasando tras la columna, arrastró por los pies el cuerpo de Jérôme Vilain, que adrede, obedeciendo a la indicación de Conrado, dejó atravesado ante los pies de Alessandra.

—Esos papeles, Orsini.

Inclinado, iba el aludido a registrar las faltriqueras del muerto, cuando se enderezó prestamente a la susurrante voz de Conrado:

—¡Atento, Gubio!

Miró Orsini hacia donde lo hacía Conrado Paolo Renzo. La presencia de Ugo Paolo Renzo era imponente, y esta sensación aumentaba por la tenebrosa tela que cubría su faz, dejando tan sólo visible la cuenca ocular que el fuego respetó.

Los cuatro *bravis* apartáronse al avanzar con recia risada el condotiero, que llegado ante la columna donde estaba atada su hermana, exclamó, tonante de contenida indignación:

—¿De cuándo acá un Renzo está cubierto y libre, ante una dama atada?

Con ímpetu desenvainó su largo puñal, cortando las torcidas sedas que sujetaban a Alessandra contra la columna.

No había aún mirado a su hermano, imponiéndose un esfuerzo, apartó a la que tímidamente pretendía abrazarle.

—A oíros a los dos he venido. Habla tú primero, Conrado Paolo.

—La dama atada es una pérfida traidora, Ugo Paolo —dijo, untuosamente, Conrado—. Este hombre que ves muerto es Jérôme Vilain, un francés al servicio de la Banca de San Jorge, que con su oro, pretendía unir a genoveses y galos para invadir nuestro sagrado suelo. Acuso a esta mujer de conspirar. Te he requerido, Ugo Paolo, porque aquí mismo, otros patricios que como tú eran justicieros, supieron con su propia mano estrangular a veces a sus mismas hijas, porque sólo hay un crimen imperdonable, y es el de quienes por un puñado de oro venden cu tierra natal…

—¡Ten la lengua, insensato! —atajó Ugo Paolo—. Los extravíos de Sandra, débense, como bien sabes, a la muerte de su esposo…

—Tú mandas, Ugo Paolo —dijo, aparentemente humilde, Conrado—. Yo acuso a esta mujer de traición. Pude haberla ajusticiado yo mismo, pero respeté tu primordial derecho.

—Defiéndete, Sandra —ordenó, con voluntaria sequedad, el condotiero—. Si un día lejano yo era para ti el que veces de padre hacía, no me mientas. Nuestro hermano, con respeto que no esperaba, ha querido que yo sea juez de tus actos. No me ofendas con mentiras, Sandra.

—Renzo soy, Ugo, y sigo teniéndote el cariño de siempre. Cierto es que acudí con Jérôme Vilain para conseguir comprar la voluntad de Dago Corsi. Cierto que desde la muerte de mi esposo, mis días y mis noches han sido un continuo batallar entre mi sed de venganza contra Conrado, y mi remordimiento por haberme aliado a genoveses. Cierto es también que si Conrado, por un malsano odio que me tuvo desde niños, no hubiera…

—¡Ten la lengua, Alessandra Renzo! —atajó el condotiero—. Ambos sois culpables…

—¿Yo, Ugo Paolo? —fingió entristecerse Conrado—. Siempre he estado al servicio de mi patria.

¡Porque servías tu innoble deseo de zaherir a Sandra! ¿Por qué, si esta noche has acudido a mí como juez, no lo hiciste cuando por tu libre albedrío, matase al esposo de Sandra?

—Fui entonces impetuoso, lo reconozco. Por eso mismo, hoy, cuando la tradición familiar exige que sea ejecutada la que ha degradado nuestro nombre, te cedo, por ser tú el mayor y el patriota ejemplar, la misión purificadora de estrangular a Alessandra y darle tumba en las aguas de Lago de Venus.

—Tiene ella la atenuante de que siendo mujer, su débil cerebro vióse extraviado por la muerte del hombre al que amaba…

—Di mejor, Ugo Paolo, y con todo respeto te lo hago constar, que por tu cariño no piensas actuar con tu deber de patriota. ¡Orsini!

La llamada de Conrado era la contraseña convenida para que el jefe *bravi* apoyara la punta de su desnudo estilete, en el costado izquierdo de Alessandra.

—Un solo movimiento tuyo, Ugo Paolo —y la voz de Conrado trocóse de humilde en incisiva e hiriente— y caerá apuñalada la que tanto quieres. El momento es propicio para que sepas cosas que ignoras, «Faciatosta». Tú sólo puedes mirarme como a un débil enfermo, envidioso, pero tu imaginación es roma y corta, se ha quedado, «Faciatosta»…

Iba cumpliéndose la segunda parte de la celada. Dos *bravis*, con recios lazos en las manos, acercábanse pisando leve por la espalda del condotiero, que, abstraído en lo que oía y temiendo a cada instante ver efectuar el movimiento mortal a Gubio Orsini, vigilaba atentamente el puño del *bravi*.

La aguda risita de Conrado Paolo Renzo, exultante de euforia, acompañó el remate de la rápida maniobra con la que los dos *bravis* rodearon busto y piernas del condotiero, sujetándolo reciamente por la escalda y manteniéndolo inmóvil contra una de las columnas…

—¿Qué increíble osadía es ésta, Conrado Paolo? —imprecó, sorprendido, el mayor de los Renzo—. ¿Hánse vuelto locos tus *bravis*?

—Infeliz… —dijo, despreciativamente, Conrado—. Estos desencantos os suceden a los que confiáis en exceso en vuestra categoría. Te creíste tan superior, tan por encima del delicaducho Conrado, que no te detuviste ni un instante a pensar si en mi invitación no habría engaño. Y viniste como un pájaro bobo a caer en la red.

Los dos bravis *habían* ya logrado, tras inusitados esfuerzos aunando sus no escasas energías, unir los dos antebrazos del condotiero, atándolos: tras la columna.

A la señal de Conrado partieron de nuevo hacia la margen del lago. Y el menor de los Renzo continuó en las disquisiciones con que pretendía apabullar al que, creyendo en la lealtad de un familiar, tardaba en darse cuenta de lo que le sucedía.

Mientras, Orsini, retirando su estilete del costado de Alessandra, volvió a atarla con los restos de las sedosas ligaduras cortadas por la indignada mano del condotiero.

—Ahora gozo el deleite sin par de cantaros mi odio —fue diciendo Conrado, paseando lentamente ante sus dos hermanos adosados a las columnas, y andando con paso, triunfal, de raquítica alimaña vencedora—. Estáis a mi merced. ¿Qué supones que voy a hacer contigo, «Faciatosta»? ¿Degollarte y empujar tu cadáver al lago? Muerte indigna de ti y de mi. Yo soy un artista, Ugo Paolo. ¿Por qué no hablas, mi dilecto hermano mayor? Eres el jefe de la familia. Habla, Ugo Paolo…

El condotiero arqueó los poderosos hombros, y la tensión de sus

músculos intranquilizó a Conrado, que, agudamente, exigió:

—¡Tus *bravis* al acecho, Orsini!

Gubio Orsini hizo una señal y los cuatro bandoleros de Dago Corsi, en la penumbra, fueron a colocarse tras el atado condotiero.

Tranquilizado ya, Conrado Renzo siguió rechinando:

—No ha de tardar en llegar madona Altiera de Montemar… Hermosa mujer, a fe mía. Ella te considera el invencible paladín. Se afligiría al verte prisionero… Y ya sabes la importancia que ella concede a las promesas. ¿No te supones lo que he imaginado? Un enlace de los Renzo con las Montemar, convertirá al que lo contraiga, en poderoso señor. A cambio de tu vida, pediré a madona Altiera promesa de boda conmigo…

—¡Canalla!

—Palabra de tragedia griega, Ugo Paolo.

—¡Escorpión!

—Tus epítetos me causan gracia. Eres un ser vulgar, Ugo Paolo. Crees en la nobleza de los demás y crees en la fuerza bruta. Lo único que vale es el ingenio.

—Escucha, Conrado —dijo, fervorosamente, el condotiero—. Te suplico que ceses en atormentarme. Dame muerte… ya que ahora, he adivinado lo increíble… ¡que tu odio hacia mí es negra envidia!… Pero ahórrame la humillación de que Altiera de Montemar…

—El férreo «Faciatosta» suplica… No te fatigues en vana quimera de ablandarme, Ugo Paolo…

Con gesto lento, aproximándose a Alessandra, Conrado acarició las largas trenzas femeninas.

—Una muerte artística para ti, mi bella hermana. Estrangulada con tus propias trenzas.

Y el maligno rencoroso, empezaba con sádica lentitud a rodear el cuello de su hermana con las trenzas, cuando las soltó extrañado.

Por la orilla y viniendo hacia él, un hombre avanzaba. Pulsaba melancólicamente las cuerdas de un laúd de plata.

—¡Maldición! —chilló Conrado, agitando los puños hacia las dos márgenes—. ¿Por qué dejasteis pasar a este trovador?

En las dos márgenes había ocho siluetas. Pero no eran ya los *bravis* de Conrado, sino ocho Hermanos Corsos…

No se fijó en ello Conrado Renzo, que, desenvainando su estilete,

amenazó:

—Vuelve por donde entraste, mentecato. ¡Atrás! ¿No me oyes? ¡Dale su merecido, Gubio Orsini!

Gubio Orsini se cruzó de brazos y su rostro, virilmente sombrío, expresó una máxima indiferencia.

—¿No me oyes, Gubio Orsini? —chilló exasperado Conrado.

Alzó el estilete, cuando ya el trovador estaba a dos pasos. Y gimió sordamente, empalidecido y pronto al desmayo, al sentir su muñeca aprisionada como en tenaza de hierro por la zurda del trovador.

Cayó el estilete, que con el pie empujó Luys Gallardo, lanzándolo al lago.

Lentamente, al influjo del dolor, fue arrodillándose Conrado. Lo soltó entonces Gallardo.

—Elegiste mal el decorado para tu obra de arte, Conrado Renzo —dijo, despectivo, el español. Este lago, la gruta, Ajaccio y Córcega entera me pertenecen.

—¿Quién eres tú? —murmuró, trémulo, Conrado.

—La eterna pregunta. Contesta, Gubio Orsini. ¿Quién soy yo?

—Dago Corsi… —dijo suavemente, con respeto el *bravi*.

Conrado, que iba incorporándose, volvió a arrodillarse, y abyectamente exclamó como arrobado:

—¡Soy tu admirador más sincero, Dago! Ningún hombre te aventaja en grandeza. Perdona, pero ignoraba que te dignaste elegir el Lago de Venus para albergarte.

—Ponte en pie, gusano. Me repugna ver a un varón por nacimiento, arrastrarse como un lacayo de oficio. Y dime, ¿qué sucede aquí?

—Ventilaba una rencilla familiar, Dago Corsi. Éstos son mis traidores hermanos. Ella, ya lo sabrás… pactó con el genovés, y te tendió celada, que me alegro fracasara, porque tú eres para mí, el genio de la selva.

—¿De la selva tan sólo, bellaco? Conque tu hermana me tendió celada, ¿no?

—Me disponía a castigarla ahora mismo.

—Hay tiempo sobrado para los justos castigos.

Y dime, ¿qué traición cometió «Faciatosta»?

—Se negó a cumplir con su deber hacia la traidora Sandra.

—«Faciatosta» cumple siempre con su deber. ¡Desatadle!

—¡No! —chilló agudamente Conrado, implorando, tendiendo las manos y retrocediendo.

Le fulminó Gallardo con colérica mirada, que semejó la diabólica del verdadero Corsi, porque el español sentíase asqueado ante aquel engendro de maldades.

—Cuidado, gusano —advirtió, suavemente—. Llevarme a mí la contraria, es exponerse a perder la vida. ¿No sabes que por dónde voy ronda mi inseparable amiga La Muerte?

Empuñando febrilmente su estilete. Conrado contempló despavorido como avanzaba lenta y pisando reciamente el condotiero.

Fue retrocediendo como un pájaro fascinado, desenvainando su estilete, babeando de miedo y furor…

—Qué feo estás, gusano —dijo, sarcástico, Gallardo—. Eres el arco iris de cinco egoísmos mortales: verde de envidia, amarillo de cólera, negro de miedo, rojo de soberbia, azul de vanidad. El conjunto da el color rosa que armoniza con la gruta. Queda satisfecho mi espíritu de artista.

Lanzó Sandra un grito. Pero era tardío el gesto con el cual Conrado quiso recuperar el equilibrio.

Había retrocedido atemorizado por el lento avance de su hermano, y resbalando, cayó en las profundas aguas.

Sus manos enjoyadas se agitaron en el aire y un clamor brotó de su garganta:

—¡Auxilio!

Luys Gallardo detuvo por el brazo a Ugo Paolo, que iba a lanzarse al agua.

¡Detente, «Faciatosta»! Con tu coraza y tu cota de mallas, te hundirías…

—No sabe nadar —dijo el condotiero, volviendo el rostro.

—Ya aprenderá —dijo, secamente, Gallardo—. Tiene edad para ello.

Agitáronse las aguas, formando círculos concéntricos. Reaparecieron las dos manos crispadas, desifilando reflejos las gemas… Volviéronse a hundir…

Desprendió hoscamente su brazo el condotiero. Su ojo válido, miró glacialmente al que creía el implacable bandido Corsi.

—Pactamos alianza, Dago Corsi. ¿Qué piensas hacer con madona Sandra? Veo que te has ganado la obediencia de Gubio Orsini.

—¡Ugo! —gritó Sandra—. Dago Corsi es…

—Hablo yo, Sandra —atajó firme, aunque sonriente, el trovador —. Tu vida salva a cambio de una promesa de tu hermano Ugo. Ya oíste la única verdad que dijo el recientemente fenecido Conrado. Tu hermana me tendió emboscada y perecieron doce *bravis*. ¿Quieres que hablemos de hombre a hombre, sin remilgos?

—Tengo por costumbre hacerlo así.

—Vamos, pues, a verlo. Apartémonos, para que nadie nos oiga… Aquí mismo. ¿Por qué me odias, «Faciatosta»?

—Eres un sanguinario lobo sin principios ni lealtad.



Reaparecieron las dos manos crispadas...

—De acuerdo. Pero aseguraste ser sincero.

—¿No lo soy?

—Hay otro motivo más hondo en tu odio.

—Si te estás refocilando a mi costa, no he de seguirte en el juego.

—El juego, sea del cariz que sea, es mi debilidad. Oye,

«Faciatosta»… Tú amas a madona Altiera. No crispes los puños, ni pretendas agredirme. Piensa en Córcega… —añadió, risueño, el trovador—. Yo con mis piojos haré escabechina de invasores… ¿Tú no sabes que soy muy amante de favorecer a los torpes como tú? Calla, que estoy hablando… Has supuesto que he aceptado la alianza, porque madona Altiera me mira con buenos ojos. Pero ella finge, y yo se lo consiento…

—Hablemos de Sandra.

—Su vida salva a cambio de que tú me prometas que le dirás a Altiera de Montemar que suspiras por ella. ¿Por qué? Un enlace Montemar y Renzo es muy conveniente para Córcega. ¿Tu rostro quemado? La mejor de las hermosuras, «Faciatosta», porque es heroica. No gruñas. No ha de tardar en venir madona Altiera. Verá con sus ojos que para mí sólo hay una mujer: Bárbara… que está bárbara de estupenda. ¿Te choca mi léxico? Pues, ¿qué esperabas de Dago Corsi, condotiero de mis entrañas?

—Me sorprende oírte, Dago… Si es cierto que liberas a Sandra… y no importunas a madona Altiera… y sirves la causa corsa… podríamos pactar amistad… Te oigo hablar ahora, miro tu rostro… y perdona, pero me haces el efecto de un buen mozo alegre, generoso… pero ¡maldición! ¡Estás burlándote de mí!

—Me río porque me gusta tropezar con seres buenos. Vete a liberar a Sandra, abrázala y… ella quiere ir al convento.

—Debe ir. Irá.

—¿Sí? Es muy hermosa. Gubio Orsini, la quiere.

—Antes muerta que esposa de un *bravi.*

—Allá tú. Ha terminado mi labor. Oye, «Faciatosta». Si no haces comprender a madona Altiera que la adoras muy respetuosamente, demasiado de lejos, yo se lo diré… Esta medianoche te será propicia…

—Ella… parecía inclinada a mirarte con… admiración…

—Saldrá de aquí recordándome con herido amor propio… Mírala, ahí viene… Señorial, patricia. ¿Cómo puede ella gustarme? —mintió el español—. Me gustan las mujeres de otra clase, apasionadas, toscas, zalameras y perversas…

Altiera de Montemar miraba con extrañeza cuanto la rodeaba. Los dos *bravis* que acompañaban vigilantes al capitán Giovan Fierro, no tuvieron tiempo de prevenirse del ataque de varios bandoleros

que a la señal de Luys Gallardo, se los llevaron para rematarlos…

—Beso tus manos, madona —sonrió Gallardo—. ¿A qué se debe el gran honor de tu llegada?

—¡Vos… estáis libre, messer Renzo! Recibí mensaje muy extraño de vuestro hermano… ¿Por qué Sandra aparece prisionera?

—Explícale todo esto a tu dama, «Faciatosta». —Dijo Gallardo, alegrándose. Y cerca ya del basamento donde se ocultaban Delfín Lechuga y Bembo, dijo—: Invita a Bárbara a reunirse conmigo. Bembo. Dile que para satisfacer su honrilla, demostraré ante la que cree su rival en amores, que sólo ella cuenta para mí.

Acercábase Altiera de Montemar, cuando fogosamente, corriendo, acudió Bárbara Foscari, la cual, enlazada al trovador, echada hacia atrás la cabeza, susurraba:

—¡Gracias, amor mío! ¡Que vea la condesa cuál es la mujer de tus amores!

Acarició él los desnudos hombros de la apasionada mujer, cuyos ojos verdes miraron con triunfal exultación a la sorprendida Altiera.

—Ahora, vete, guapa —sonrió Luys Gallardo—. Quiero hablar con la condesa.

—No quiero —susurró ella, mimosa, apretando el abrazo.

Alzó la diestra el trovador y ella, corriendo, se alejó con risa gozosa.

—¿Es posible lo que he visto? —inquirió Altiera, sonrojada.

—Ver es creer, mi dama. Y por eso quise también que «Faciatosta» viera para que creyera, mi dama.

—Esta mujer… es la amante de Dago Corsi.

—¿Y qué tiene eso de particular? ¿No soy Dago Corsi? Fíjate en ella, madona Altiera… Es lo contrario de ti… Es sensual, apasionada, ojerosa, vehemente… Pide caricias y golpes…

—¡Callad, señor! ¡No os creí capaz de tal bajeza!

—¿Bajeza? Soy un trovador, señora condesa, Y si mi espíritu es fuerte, flaca es mi carne…

Llamearon los ojos de Altiera de Montemar.

—Me habéis desengañado, trovador. No sois más… que un hombre vulgar, que ha sucumbido al encanto de una… mujer vulgar. Os tenía afecto y, ahora… casi os desprecio. Adiós, señor.

—Hasta la vista, mi dama.

Ella que se marchaba, dio media vuelta iracunda.

—¡Cesad de llamarme así! Vuestra dama. ¡Vuestra dama es la amante de Dago Corsi!

—Lo que es justo, es innegable, mi dama.

Partió ella presurosa, para apoyar su diestra en el antebrazo tendido por el condotiero.

—Salgamos de este antro, messer Ugo. Huele a aventureros bestiales, malsanos y vulgares… ¿Me concederéis albergue en vuestro palacio? Estoy fatigada.

—Con gran placer, mi señora. —Y la voz opaca del condotiero vibraba de contenida emoción.

Tras ellos dos, Sandra apoyóse en el antebrazo que le ofrecía el capitán Giovan Fierro.

Gubio Orsini cerraba la marcha…

Por entre las columnas, un laúd fue vertiendo notas melodiosas, y la voz de Luys Gallardo entonó canto báquico de amores faunescos, cortando las estrofas licenciosas, para trocarlas por baladas románticas.

En la playa, fuera de la gruta, bajo el estrellado cielo y ante las mansas aguas plateadas, exclamó Sandra:

—¡Gentil trovador es messer Corsi!

—Un ser abyecto —dijo, secamente, Altiera de Montemar.

—Tiene atisbos de generosa caballerosidad, mi señora —dijo, sinceramente, el condotiero.

—¡Si queréis ganaros mi afecto, Ugo Paolo Renzo, guardaos de elogiar a ese aventurero sin delicadeza! —reprochó Altiera.

Y Giovan Fierro sonrió complacido ante la profunda reverencia con que su amigo Renzo decía:

—Madona Altiera, en este mundo para mí sólo hay tres afectos: mi bella Córcega, mi pobrecilla Sandra… y… —carraspeó bajo el velo negro el condotiero…— ¡y vos!

Capítulo IX

EL ZORRO Y LA CORDERA

Alicia de Montemar había experimentado tres hondas emociones en el corto espacio de dos días.

Primeramente había sido en el bosque de Farnedo, al oír la voz de Dago Corsi, sonora, acariciante, una de aquellas voces de trovador que tienen el privilegio de ahuyentar las preocupaciones y de trasladar el alma de quien las oye a regiones de calma y perfección.

No obstante, la voz cantaba una extraña estrofa:

«Las flores no crecen,
las flores se mustian,
en jardines y bosques,
donde alienta Dago Corsi».

Luego, el mismo cantante, saltando como tigre alado de peñasco en peñasco, se detuvo para lanzar un grito, formidable y plañidero a la vez, que parecía brotar de garganta salvaje, como un gemido de fiera herida que ha perdido a sus cachorros.

Y al conjuro de la llamada, reuníanse los Hermanos Corsos…

Después, a solas ella y semialetargada, oyó la misma voz, decir frases inquietantes por su mismo significado incomprensible:

«Mírala dormir, Camorra… Así deben reposar los ángeles. Nunca has visto ni verás doncella más hermosa. He jurado que nadie, ni yo mismo, se atreverá a rozar con alientos de humana pasión la pureza de Alicia Montemar. ¿Qué sabes tú quién es ella, quién soy yo, ni el motivo por el cual el castillo de Montemar será respetado? Volvamos al Duino, Camorra. Que no se despierte ella…».

Y el que insensible, implacable, no respetando nada, la había

respetado a ella, con frases casi de enamorado… después la aprisionaba, burlón y dicharachero…

Y la severa, altiva y sensata Altiera, abandonaba el castillo, risueña, apoyada con abandono en el brazo de Dago Corsi…

Por último, aquella misma noche, al iniciarse el velo de tinieblas, con cautela, Altiera, acompañada, por Giovan Fierro, que llevaba a hombros un fardo humano, penetraba por la poterna Oeste y se dirigía a la Fosa del Olvido.

La mente de Alicia de Montemar, propicia a remontarse a altas cumbres, veíase anegada en mar de confusiones.

Las ropas que vestía el encapuchado prisionero llevado a hombros por el capitán Fierro, eran las que vestía el bandido Corsi. ¿Por qué ahora yacía en celda de enterrado vivo? ¿Por qué se había ausentado Altiera yendo a Ajaccio? ¿Por qué la llave colgaba de su escarcela abandonada en la cabecera de su lecho, era llave de casco, que en otras ocasiones había encubierto rostro de prisionero importante? Entonces los Montemar no querían fuera reconocido ni siquiera por los carceleros que bajo pena de muerte, no podían ni intentar adivinar la personalidad misteriosa de los enemigos de la casa Montemar.

Pero por encima de todas las pregunta que se hacía, una en especial intrigaba a Alicia de Montemar. ¿Qué móvil impulsaba al fiero bandido a hablar como lo hizo creyéndola dormida?

Lentas y aburridas pasaban las horas en el castillo. Varias veces la tentación impulsó la diestra de la muchacha, hacia la cabecera de la cama.

Por fin, el silencio de la noche, la facilidad que ella, en ausencia de su hermana y el capitán podía deambular por el castillo, la curiosidad exacerbada, prevalecieron…

Apresó la llave con mano temblorosa. Cubrióse con larga capa de capucha, perteneciente a Altiera, y calzando altos chapines que aumentaban su talla, cubierto el rostro, deslizóse hacia el subterráneo de las mazmorras.

Los carceleros, a su paso saludaban profundamente. Grangiano, el sordo, no vio más que la capa de madona Altiera y su escarcela.

Al gesto imperativo de Alicia señalando la Fosa del Olvido, Grangiano abrió la reja que a modo de techo cubría el hoyo donde Dago Corsi, encadenado, y ocultas faz y cráneo bajo el cónico casco,

semejaba una estatua empotrada en el banco de piedra.

También el bandido vio en la alta figura, encapuchada a madona Altiera. Su voz sonora, a través de la ranura del casco, murmuró:

—¿No puedes dormir, Altiera, sin venir a contemplar al que has enterrado en vida? Veo temblar entre tus lindas manos la llave… ¿Quieres contemplar mi rostro? Hazlo sin temor… Ningún daño puedo hacerte, porque encadenado estoy… pero aunque libres estuvieran mis manos, tampoco nada te haría…

Alicia de Montemar no pudo resistir por más tiempo su imperiosa curiosidad.

Introdujo la llave en los candados de las abrazaderas, alzó las espalderas y dejó el casco junto al cuerpo encadenado en el banco.

Retrocedió, manteniendo baja la capucha y sujetos los vuelos de la esclavina contra el semblante.

Pero sus ojos eran azules, cándidos… y la aguda vista de Dago Corsi, adivinó de pronto que era Alicia de Montemar la que le estaba mirando.

El lobo sintióse zorro…

Dio a su rostro la expresión que un poeta flamenco calificó de «arcangélica».

Y con inflexiones acariciantes, su voz recitó, mientras contra la fría piedra reclinaba la desnuda cabeza:

—La ruta de todo conquistador está sembrada de cadáveres de ilusiones muertas, madona Altiera. Me aproximé a Montemar, con el corazón abierto a la ilusión. Precedido por injusta fama… que el pueblo cobarde calumnia y mancha… No me dejas explicarte por qué pudiendo arrasar tu castillo como amigo me presenté…

Alicia de Montemar, ingenuamente, abatió su capucha y mostró su gracioso semblante.

—Soy Alicia de Montemar —dijo con reservada puerilidad.

Dago Corsi sonrió y sus blancos dientes restallaron, mientras sus negros ojos no fingieron humana ternura. Pero sus labios fingieron…

—Encadenado estoy por viles hierros, Alicia… Pero no sabes tú que ya hace tiempo que encadenado estoy a ti por vínculos afectivos. No hace mucho te vi dormir. Estaba yo con mi lugarteniente bella durmiente que no quise despertar, Alicia…

Mientras hablaba, la inteligencia del bandido trabajaba con

actividad. Y, de pronto, halló lo que tanto ansiaba. Valerse de la imprudente curiosidad de la doncella y servirse de una llave infalible que le abriría de nuevo el camino de la libertad y la venganza contra el que odiaba mortalmente.

Y tenues gotas de sudor perlaron su frente, pensando en la cumplida venganza que tomaría del trovador que, valiéndose de su idéntico parecido, le suplantaba…

—¿Recuerdas a Adriana de Montemar, Alicia?

La mención del nombre de su madre en labios del bandido, estremeció a la muchacha.

Respondió, inconteniblemente:

—Mi madre… murió estando yo ausente.

—Misteriosa muerte, ¿no es cierto, Alicia? Eres muy niña, pero vas a saber la verdad. Adriana salió a cazar con sus pajes… Me conoció… Pero era una gran dama… Yo le rendí mi corazón.

—Callad. Mi madre murió cazando, al desbocarse su caballo.

—No, Alicia. Grave es mi situación… y por eso no quiero morir sin revelarte el secreto de mi amistosa actitud, que Altiera mal ha recompensado. La perdono y nada haré contra Montemar… ¡porque adoré a tu madre, y sigue ella viviendo en el altar de mi corazón! Ten valor, Alicia. ¡Tu madre vive!

Alicia de Montemar, abiertos al máximo sus ojos, denegó débilmente con la cabeza.

—¿Miente el hombre que se ha condenado a muerte? Porque me he jurado no comer ni beber… Yo soy águila que no puede vivir presa. Vete, mi niña, déjame morir —dijo, hábilmente, el bandido —. No quiero hablar para quien cree que puede mentir en algo tan sagrado como es la vida de Adriana, mi único amor…

—Mi madre… fue recogida con el rostro pisoteado por el caballo. Fue horrible…

—Fue falso… Yo lo ingenié. El cadáver vestía las ropas de Adriana, pero era el de una calabresa llamada Bárbara Foscari. Adriana, primero mi prisionera, perdió el juicio. Ha olvidado quién es… ¡y lejos de mí, morirá de angustia de amor! Ahora que ya conoces mi secreto, vete, Alicia, y sabes ya por qué he respetado Montemar…

—No es posible… —repitió por tres veces la doncella.

Cerró los ojos Dago Corsi, afectando pena. Comprendía que un

digno silencio era más elocuente que cuanto dijera.

—¡Mientes, infame! —gritó ella de pronto, y sus manecitas abofetearon el rostro viril.

No movió un solo músculo el abofeteado. Murmuró:

—Justo es tu castigo, Alicia. Pero eres muy niña para comprender que por amor todo es lícito. Adriana es feliz conmigo… Vive, ¿qué más quieres? Miento… Vivía… Y flor sin luz de amor se mustiará…

Pasado su arrebato, Alicia de Montemar cayó sentada en el banco, junto al prisionero. Sentía que sus débiles fuerzas la abandonaban…

Intentó luchar contra su zozobra, pero la intensidad contundente de la revelación del misterio de Dago Corsi y Adriana de Montemar, venció su ánimo, ya de por si predispuesto a desmayos…

En su regazo cayó la llave y su cabeza privada de sentido reclinóse contra el hombro del bandido.

Los ojos de Dago Corsi fulguraron mirando la llave. No era la que había abierto los candados, porque ésta quedaba hincada en uno de ellos.

Era la entregada por Grangiano a la que creía Altiera de Montemar. Con recia torsión de busto, Dago Corsi inclinó la cabeza y sus dientes cogieron la llave.

Ladeó las muñecas y presentó los cierres de las argollas a la llave que sostenía recta entre los dientes.

El sudor inundaba su frente, mientras, haciendo crujir los dientes, iba girando lentamente la cabeza. Una de las argollas rechinó. Poco después, ensangrentados los labios por el esfuerzo, escupió la ya inútil llave y en pie, inclinóse para abrir los grilletes que sostenían juntos sus tobillos.

Miró un instante a la que, privada de su apoyo, yacía inerme sobre el banco.

Era cierto que un día adoró a Adriana de Montemar. Era cierto que había jurado respetar las vidas de las dos hijas de la bella condesa. Pero también era cierto que deseaba ardientemente fugarse y que su fuga pasara desapercibida, para poder vengarse con fruición.

Fulguraron de nuevo sus ojos y un rictus malvado torció su boca. No era momento para respetar juramento alguno.

Asió el casco, aplicó las espalderas a la desmayada, tras despojarla de su capa y revestirla con sus ropas y cerró los candados, encadenándola contra el muro. Luego recogió la escarcela.

Desnudo, envolvióse en la larga capa que barría los suelos, calóse la capucha y recogiendo las dos llaves, subió las escaleras.

Al asomar, vio venir corriendo al sordo carcelero, que, inclinándose, recogió la llave que cerraba reja y argollas.

Alejóse Dago Corsi, tratando de pisar suave, empequeñeciendo su talla. Por descripciones abundantes de Adriana de Montemar, conocía a la perfección la distribución interior del castillo.

Se dirigió sin vacilar a las habitaciones de las herederas de Montemar. Y dejó colgando de la cabecera del lecho, la escarcela.

De una panoplia quitó un estoque y varias dagas, que contra su piel, ajustó con cordelera a modo de cinto. Cogió un redondo palo que enrollaba larga cuerda: el instrumento que servía para asaltar murallas.

Poco después, a favor de la noche, adherido al muro de un torreón, atravesó en una almena la madera, soltando el rollo de cuerda que cayo hacia el foso.

Fue descendiendo, y entrando en el agua despacio, tiró con fuerza de la cuerda. Tras varias vigorosas tentativas, la madera se partió y cayó hacia abajo.

Un centinela miró hacia el foso pero no vio nada anormal. Supuso que el crujido que había percibido sería uno de los tantos ruidos nocturnos, de maderas resecas agrietándose…

Envuelto en la negra capa mojada, formando una negrura más en la noche, Dago Corsi fue alejándose, silueta fantasmal en pos de la más acuciante pasión, la de vengarse en forma que pasaría a la historia, del alocado trovador que creyó poderle suplantar.

CAPÍTULO X

DOS TEMERARIOS TOMAN EL SOL

Bembo roncaba beatíficamente. Tendido sobre un montón de paja, a los pies de Luys Gallardo reposaba tranquilo, porque sentía contra su cabeza la planta de los pies de su ídolo.

En la oquedad de uno de los múltiples entrantes de la Gruta de Anfitrite, a dos pasos del trovador, Delfín Lechuga dormitaba, envuelto en su capa.

Abrió los ojos, como gato siempre alerta, cuando percibió el amplio desperezo con el cual Luys Gallardo, sentándose en el mullido haz de paja preparado como lecho por Bembo, ensanchaba sus espaldas…

—Vos que todo lo arregláis, messer Corsi, ¿por qué no arrancáis del cielo el sol y la luna, colocando ambos discos en este interior y así sabríamos la hora que es?

Miró Gallardo al que en cierta ocasión había soltado una bravata en castizo español. Casi sentía simpatía por el que adivinaba un aventurero de accidentado vivir.

—Después del reposo, un baño, Delfín. Saliendo a la playa, sabremos qué hora es. ¡Despierta, Bembo! Una marmota te envidiaría, perillán…

Frotándose los legañosos ojos, el escudero se puso en pie, bostezando ruidosamente.

—Advierte a todos los piojos que infectan esta gruta, que sigan en sus madrigueras. Que esta noche, tras hablar con «Faciatosta», les diré lo que pienso hacer, y habrá oro para quien bien me cumpla. Y advierte a micer Piero, que esta noche necesito mi biografía. Señor turco, ¿te place un baño? Nada mejor para abrir boca y dar después digna acogida al desayuno, que nos traerá

Bembo.

Mientras ambos desfilaban por el laberíntico recinto en penumbra, no divisaron a nadie. Se aproximaban a la vasta abertura de salida, cuando destelló un relámpago en la diestra de Luys Gallardo, y una de sus dagas fue a clavarse en un gorro que rebotó contra la pared de una cavidad.

El dueño del gorro, mansamente, recogió del suelo daga y prenda, y aproximándose receloso, tendió el arma al que acababa de arrojarla.

—Amanece y estoy de buen humor, piojo infecto. ¡Y ay de ti la próxima vez que te vea! No repito las cosas. No quiero ver a nadie, mientras no lo indique claramente. ¡Desaparece, piojo! ¡Volando!

En la playa, el sol rutilaba arrancando dorados cabrilleos de las arenas. El mar, intensamente azul, era terso y límpido…

Anduvo Luys Gallardo un centenar de pasos, mientras iba despojándose de laúd, capichuela, cinto, jubón y botas, que amontonó en el suelo.

Su anatomía resaltó esbelta y musculada, fuerte como el acero. Dióse un golpe en el pecho con enfática satisfacción.

—Cuerpo sano, mente sana, señor turco. ¿Y qué? ¿No te bañas?

—El agua me asquea, messer.

—Olvidaba que presumes de las siete vidas de un gato. ¡Mala peste te pudra! —exclamó, extrañado, Luys Gallardo, empleando la favorita imprecación de Dago Corsi—. ¿Por qué me miras así? ¿Es que nunca viste un torso de macho?

Los felinos ojos de Delfín Lechuga parecían clavarse en el costado izquierdo del hombre semidesnudo: un costado liso, sin huella alguna de cicatriz…

Y sin comprender todavía lo que estaba empezando a adivinar, Delfín Lechuga, alias «Rasuní» alias «Siete Vidas», acariciόse las enhiestas guías de su mostacho.

—Vuestro torso es escultórico, messer. Pega el sol, ¿verdad? Podemos afirmar que somos dos temerarios tomando el sol.

—Divagas, Delfín. ¿O juzgas temerario que un hombre se sumerja en el agua? Contesta, Mahometano de pacotilla. Pareces alelado.

—Confieso que estoy entontecido, messer. Ayer noche, rondando la hora en que la plebe habla de brujas y aquelarres, os vi actuar

como un caballero.
—Lujo que puede permitirse un bandido.
—Desengañasteis a la condesa que os miraba presta a rendirse, abrazando a la que no os interesa. Disteis al condotiero facilidades. Mandasteis en los Renzo, en los Montemar y mandaréis en el mundo entero si os lo proponéis. Me gustaría ser vuestro segundo. Ayer fui turco, mañana puedo ser corso y pasado, hijo del imperio de Marco Polo. Lo esencial para mí es la aventura. Soy temerario, ¿sabéis?
—El sol te hace decir sandeces. ¿Qué me importa a mí que seas o no temerario?
—Mucho os importa, messer. Si no lo fuera yo, poco viviríais.
Luys Gallardo aproximóse al que hablaba misteriosamente.
—Creo que te permites amenazarme.
—Me permito recordaros que deseáis tres galeotas que tiene Abdul Hamez. Yo os las puedo proporcionar. Pero debe seguir la farsa magnífica, messer. Debéis seguir siendo… en apariencia, quien no sois.
—Aclara, gato.
—No comprendo por qué todos os acatan como Dago Corsi, pero sí sé que de veros alguno de los que llamáis piojos, tal como yo os veo, mala muerte tendríais. Temerarios somos, trovador… ¡y ahí ya la prueba por lo que a mí concierne! ¡A un Dago Corsi no me importaría apuñalarlo! De vos, sólo espero bellas aventuras, que constituyen mi ideal. Os dije quién soy. Delfín Lechuga, español y trotamundos. Dejadme, pues, ondear mi chambergo ante el audaz trovador que merecería ser español por su alegre juego mortal de suplantar al demonio corso.
—¿Españoladas a mí? —Silabeó Luys Gallardo, en castellano—. Diste en hueso, Lechuga… porque creo que vas a tomarte un baño forzoso. Estamos solos… y lo que sepas, temerario has sido al insinuarlo. Tierra es ésta en que sólo puede uno sobrevivir mordiendo. Y me gusta mucho vivir cuando el sol reluce. Lo siento, pero mal te veo, gato. Tengo qué cortarte las uñas y apagar tu maullido.
Desabrochó Delfín Lechuga su cinto, que cayó a sus pies. Cruzóse de brazos, con pícara sonrisa.
—Ya te dije que éramos muy temerarios, trovador. Otra prueba.

¿A que no eres Dago Corsi? ¿A que no matas a un hombre indefenso, que por añadidura, es como tú, español de los cabales?

Y erguido el busto, chispeantes los felinos ojos de malicia, Delfín Lechuga, remachó:

—¡A valiente sólo tú puedes ganarme, trovador, que sabes hacer bello romance del futuro avatar del diablo corso!

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi (1914-1982) es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto su padre era ingeniero aeronáutico tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por

primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste y Arnaldo Visconti con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras pero también firmo sus obras como P. V. Debrigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.